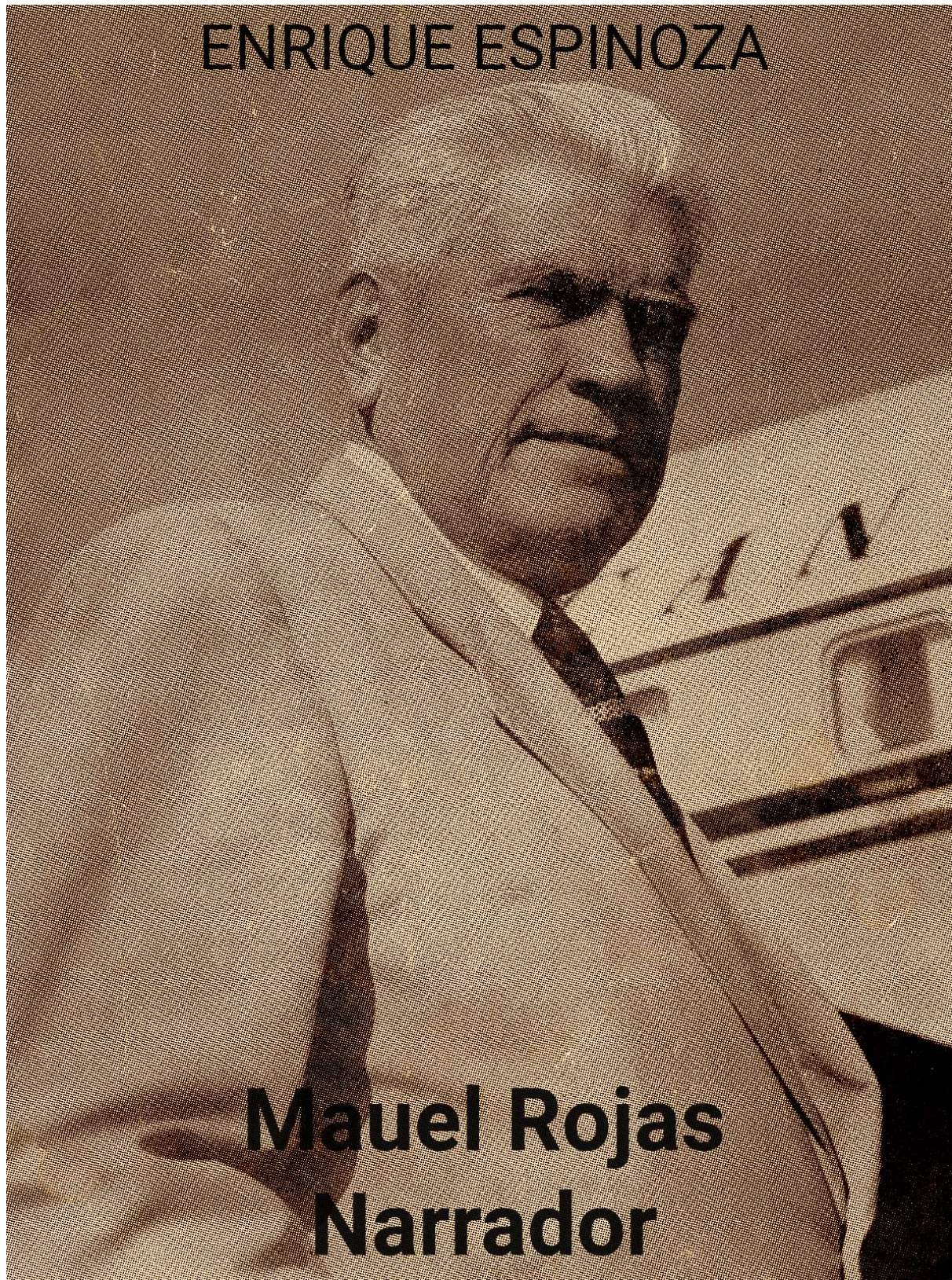


ENRIQUE ESPINOZA



Mauel Rojas
Narrador

ENRIQUE ESPINOZA

**MANUEL ROJAS,
NARRADOR**

1896 -1973

A Catita

Es necesario decirlo todo, aunque de a poco, pensando cada uno de esos pocos, dando un dato, luego otro y no todos del mismo carácter, sino diferentes, que haya luz y espacio entre ellos... Tomar en cuenta no sólo lo que se va a estudiar y exponer, sino también lo que lo rodea, cuanto tiene que ver con él, no en este momento, sino después... cuando él no pensará ya.

Manuel Rojas, *Mejor que el vino*

ÍNDICE

I. EL HOMBRE	5
Literatura y vida	5
Nacimiento de Manuel Rojas.....	5
El padre.....	6
La madre	7
El hermano apócrifo.....	8
Primeros amigos.....	9
Leñador frustrado.....	9
Obrero gráfico.....	10
Perfeccionista.....	10
“Los cansados de la vida”	11
II. EL POETA	12
III. EL CUENTISTA	15
IV. EL NOVELISTA	21
V. INTERMEDIO	24
El grupo “Índice”	24
Solidaridad gremial.....	25
Años de transición	25
Homme à femmes.....	25
Ascensiones	26
El último Edwards.....	27
En torno a la crítica	27
Sobre la prosa	27
Andinista.....	28
¡Oh, España!.....	28
De la poesía a la Revolución	29
¿Argentino o chileno?	29
Papeles de identidad.....	29
Sin patriotismo exclusivo	30
Manuel Rojas y Alone	30
Horacio Quiroga y Manuel Rojas	31
El grupo “Babel”	31
Dos artistas, dos temperamentos.....	32
Ernesto Montenegro y Manuel Rojas.....	32
Máximo Gorki.....	33
Recompensas	33
De una larga epístola	34
VI. LOS LIBROS	35
“Imágenes de infancia”	35
“La ciudad de los Césares”	36
Una tetralogía.....	37
Otros viajes	42
Pasé por México un día.....	43
Manuel Rojas y los judíos.....	44
Una reminiscencia olvidada.....	44
BIBLIOGRAFÍA DE MANUEL ROJAS	47
CRONOLOGÍA	49

I. EL HOMBRE

Literatura y vida

El crítico internacional Georg Brandes, aseguraba que todo escritor verdadero se metía íntegro en su obra y que sólo era preciso saber leerla de manera penetrante para encontrar la historia de su vida en ella.

Manuel Rojas ha facilitado este trabajo a sus lectores, al adelantarse a señalar cuánto hay de autobiográfico en sus cuentos y novelas, además de ofrecer muchos pormenores de su existencia en artículos y ensayos.

Hablar de sí mismo con mesura y naturalidad, hasta donde puede interesar al prójimo, es signo de buen corazón, siempre que no asome, incontenible, la escondida vanidad.

Quien compuso *A pie por Chile*, me parece digno émulo de William Henry Hudson, el gran escritor anglo-argentino, autor de *A foot in England*, bien que éste recorrió su país de adopción en bicicleta.

Pero, antes de consagrarme al estudio de la obra literaria de Manuel Rojas, pienso agrupar los datos desperdigados por ahí acerca de su vida nómada, siguiendo el consejo del novelista en las líneas que sirven de acápite a este libro.

Poco a poco, surgirá el nexo entre su vida y su literatura. Sin embargo, quiero destacar, sobre todo, la poderosa personalidad de quien escribió *Hijo de ladrón*, novela chileno-argentina, porque sin poderosa personalidad, no hay estilo poderoso. Y es justamente por su estilo, no en el sentido académico, que se distingue Manuel Rojas.

Verdad que aprende a contar leyendo a maestros del cuento como Chéjov y Gorki, Maupassant y Bret Harte, Horacio Quiroga y Baldomero Lillo. Del norteamericano hasta toma los nombres de dos personajes para sus "Leyendas de la Patagonia". El novelista chileno Mariano Latorre lo descubriría leyendo "El hombre de los ojos azules", según el título que puso Rojas al principio a esas leyendas de su obra inicial: *Hombres del Sur*. Pero se trata sólo de un homenaje al creador de los Bocetos californianos, como cuando en el mismo volumen recoge "Un espíritu inquieto", a la manera de Horacio Quiroga.

La literatura en ocasiones se impone a la vida misma. No en vano el escritor pertenece a una época determinada y en alguna medida tiene que ver con sus colegas contemporáneos, consciente o inconscientemente.

Nacimiento de Manuel Rojas

El 18 de enero de 1896 vino al mundo Manuel Rojas, en una modesta casa de la calle Pozos, de Buenos Aires, y no en otra de la calle Maza, según había escrito antes de consultar su fe de bautismo, en la primera edición que publicó "Babel" de sus *Imágenes de infancia*.

Con variar poco, que fuera en la calle Pozos o en la calle Maza, importa en un amigo de la precisión, y lo especifica él mismo en su *Antología autobiográfica*, del siguiente modo:

“En 1958, al volver a Buenos Aires después de treinta y cuatro años de ausencia, pude ver la casa en que nací y la de la calle Maza, donde viví con mi madre al regresar de Chile. La casa de la calle Combate de los Pozos estaba como nueva, recién pintada y habilitada; la otra estaba en el suelo: se le había desplomado el techo de la habitación principal y sólo un extraño español, un hombre muy bajo, casi un enano, vivía en sus ruinas”.

No debió ser poca la sorpresa del minúsculo peninsular ante la visita del fornido gigante de dos metros, que fue su predecesor en aquel habitat medio siglo antes. Sobre todo, si pudo enterarse por la periodista de “La Nación” que lo acompañaba con un fotógrafo, quién era Manuel Rojas, entre los mil homónimos de la guía telefónica.

El incoercible narrador, al comienzo de la edición argentina de sus *Imágenes de infancia*, completa su evocación así:

“Nací en Buenos Aires en una casa situada en la calle Combate de los Pozos, 1678. Ignoro quiénes, además de mis padres y de una pareja de italianos que me sirvieron de padrinos, vivían allí. No tengo más que una fecha y una dirección, demasiada segura la primera, insegura la última. Es poco, no hay más y podría haber menos”.

Esta frase concluyente retrata de cuerpo entero a Manuel Rojas y a su estilo. No le importa demasiado la casa de su nacimiento. Lejos está de su mente la idea de que la Municipalidad de Buenos Aires ponga en el frontispicio de aquel inmueble: “Aquí nació Manuel Rojas” y no en ningún otro lugar.

No se parecía al ente apócrifo de Antonio Machado, que sólo Chipona y no cualquier otro pueblo español hubiera elegido si se le diera la oportunidad de nacer de nuevo.

El padre

Poco se sabe del progenitor de Manuel Rojas. Apenas que su segundo apellido era Córdoba y que murió en un hospital de Santiago de Chile cuando su hijo único tenía seis o siete años.

El propio novelista, tan explícito, sólo dice: “No tengo de mi padre sino dos recuerdos, dos imágenes: en una me veo paseando con él sobre alguna parte del puerto de Rosario; en la otra lo veo tendido sobre una camilla, cubierto por una sábana de hospital y muerto. Lo encontramos con mi madre cuando lo llevaban al depósito de cadáveres”.

Esto acontecía en la morgue del Hospital San Vicente de Santiago de Chile por el año 1903.

Mezclando a su propia impresión, la de su ángel tutelar, Manuel Rojas limitase a dejar constancia de que su padre, a pesar de su triste fin, fue un hombre alegre, de corta estatura. Estar a su lado, según su mujer, era como estar junto a una guitarra. Jamás olvidará el hijo de ambos tan gráfica expresión materna. Síntoma, indudable, de su constante apego a la vida y a la verdad. Con todo, su primer triunfo literario en el Colegio Campero de Buenos Aires, se lo debe a una frase de pie forzado, filial tributo, en que la letra se impone al espíritu.

“Yo guardo en el corazón —había escrito en una composición escolar en que se preguntaba eso a los alumnos—, las últimas palabras que dijo mi padre al morir”.

Las tres o cuatro líneas con que Manuel Rojas comenta su ocurrencia, merecen ser citadas porque revelan a qué temprana edad tuvo un atisbo de la fácil gloriola literaria.

“Yo no había visto —dice— morir a mi padre; sin embargo, el éxito fue inmenso. Todos me felicitaron y al día siguiente aparecí citado en composiciones que mis condiscípulos hicieron sobre aquella clase. Me alababan. Yo me alabé también en la mía y entonces mi madre me llamó vanidoso y, además, mentiroso”.

Esta otra sentencia de su verdadera maestra, desarrugaba su ceño cuando leía, ya hombre, alguna buena opinión que de sí mismo tenía este o aquel escritor, que se aplicaba en mala prosa los buenos versos de Goethe: De mi madre tengo la estatura y de mi padre el gusto de tabular...

La madre

Doña Dorotea Sepúlveda era una mujer de mucho carácter y abnegadísima, de acuerdo no sólo con el testimonio de su hijo, sino del mejor amigo de éste: González Vera.

A la muerte de su marido, en Santiago de Chile, la imponente señora no tarda en emigrar con su vástago a Buenos Aires, con la idea de que aquí recibiría el niño educación gratuita y obligatoria en cualquier fecha del año. Pero a su llegada no logra inscribirlo más que en colegios pagados con su trabajo. Lo lleva de uno a otro, porque cambia con frecuencia de domicilio, adaptándose al lugar de su conchabo. Habita con su chicuelo una sola pieza que sabe mantener pulcra desde las tablas del piso hasta las sábanas del lecho y en igual estado aséptico al larguirucho escolar de guardapolvo blanco.

Doña Dorotea era buena para contarle historias y sucedidos de su tierra del Maule, sin idea de que pudieran servirle algún día para su lucimiento como escritor.

Al cumplir los diez años, Manuel Rojas busca el modo de ayudarla, no sólo en las tareas domésticas, sino como mensajero con uniforme y todo, en una de las tantas mensajerías de la Avenida de Mayo. ¿No fue, acaso, por aquella misma época y lugar Enrique Banchs ascensorista?

Los niños pobres y necesitados de mayores ganancias pasan pronto de un empleo a otro. Manuel Rojas entra a una talabartería como aprendiz y enseguida se hace ayudante de un sastre italiano que ante todo enseñale a cantar “Bandiera rossa” e “Hijo del pueblo”.

Tenía ya ensayados varios oficios sin prosperar en ninguno cuando doña Dorotea se marcha con él a Rosario. Allá da por terminada Manuel Rojas su infancia, “no por imposición de la edad sino de la vida”, como escribirá después. Con una que otra experiencia demasiado amarga de huérfano en busca de trabajo, sigue apegado a la madre y con ella conoce la ciudad de Mendoza, camino de Chile, la tierra escondida.

¿Qué lo espera en Chile? La Presidencia de la República, por lo pronto, declara el adolescente bromeando con su progenitora. Pero, andando el tiempo hubo de conformarse con presidir dos o tres veces la Sociedad de Escritores de Chile, lo que no es menos por cierto.

Manuel Rojas recuerda, en extenso, a quien le dio el ser, en un homenaje a su amigo Juan Gandulfo, el médico anarquista que murió tempranamente perseguido por la policía y que dejó buena memoria hasta por su atención a sus compañeros presos.

Las primeras páginas de *Imágenes de infancia* de Manuel Rojas nacen, precisamente, cuando muere aquella mujer singular que fue doña Dorotea, el viernes santo de 1929.

Quince años más tarde, Gabriela Mistral que la conoció en Los Andes, la elogiaría delante del crítico Hernán Díaz Arrieta, Alone, al visitarla éste en Nápoles.

González Vera, que cuidó a la madre de su amigo en Valdivia, mientras Manuel Rojas embarcábase como apuntador de una compañía de teatro, traza en Cuando era muchacho el retrato que sigue de la intrépida varona:

“Era doña Dorotea alta y delgada. Su cabellera ya blanca, que peinaba hacia atrás, bajo la nuca, terminaba en un moño. Su rostro ovalado, de color moreno; los ojos risueños. Su boca de labios muy finos, era grande. Bordeaba entonces los sesenta años o los aparentaba acaso por la seriedad de su carácter y los altibajos de la vida. No había cosa que no supiera hacer cumplidamente. Sumiase en el silencio, no decía palabras halagüeñas; pero el afecto lo expresaba en su mirada o en su actitud”.

Manuel Rojas no le debe poco espiritualmente y pagó esa deuda en su cuento “El bonete maulino”, donde recuerda que ella tenía en la cabeza tantas historias como canas. De ella heredó su don narrativo.

A mí, lector asiduo de los Recuerdos de Provincia, doña Dorotea me trae a la memoria a doña Paula, la madre de Sarmiento.

El hermano apócrifo

Con ser hijo único de madre viuda y después hijo viudo de madre única, sobrellevó Manuel Rojas durante años a un hermano apócrifo. Doña Dorotea lo encontró en su casa durante su lejana juventud. Se lo había dejado su madre que murió a los 103 años. Se conjetura que la veterana pertenecía a la familia Sepúlveda, fundadora de Constitución o Nueva Bilbao.

“No me importaría nada —escribe Manuel Rojas— que no fuese así”. En cuanto a su hermano apócrifo, consideraba imposible sacar de su error a quien se creía tal y se llamaba Andrés Maturana.

“Nada habría sido para mi más agradable que encontrar en Chile un hermano mayor; pero no lo era”.

Mediaba entre ambos veinte años de diferencia. Un eco de aquel empeño fraternal sintió después el autor de *Hijo de ladrón*, pues atribuyó cuatro hermanos, nada menos, a su alter ego Aniceto Hevia. Y en uno de sus primeros sonetos, “Ángelus”, más digno de las antologías poéticas que su famoso “Gusano”, invoca patéticamente a una imaginaria hermana:

*Y llamarás, hermana, y llamarás en vano,
a través de mi sueño yo estaré tan lejano
que ni a gritos ni a besos me podrás despertar.*

Uno de los hemistiquios: *yo estaré tan lejano*, plantea cierto problema de coincidencia, pues el mismo hemistiquio se halla en el “Nuevo soneto a Helena” de Pablo Neruda, muy posterior al poema de Manuel Rojas, y elogiado por el propio Neruda, a su aparición en el periódico “Claridad”.

Primeros amigos

A causa de los numerosos cambios de casa, ciudad y país, pocas amistades de la infancia pudo conservar Manuel Rojas. Sin embargo, no se olvida de uno de sus condiscípulos de la escuela primaria llamado Luis Hevia, con quien se identifica en su novela *Hijo de ladrón*, que tiene por escenario a Buenos Aires en su primera parte.

Por el año del Centenario Manuel Rojas encuentra en Mendoza varios jóvenes anarquistas que llegarían a ser sus compañeros y amigos. Trabaja con ellos en la cosecha de la uva primero y después como electricista. Todos eran aficionados a la lectura. El más influyente, un tipógrafo de origen italiano, Miguel Lauretti le presta una traducción de *La leyenda de los siglos* de Víctor Hugo.

Al comienzo de la segunda década, Lauretti escribiría la nota que aparece al frente de sus *Poéticas*, un cuadernillo que se publica con el sello editorial de la revista “Ideas y Figuras” de Buenos Aires. Pero es en Santiago de Chile donde se liga tras sus años de vagabundaje con escritores y poetas: Domingo Gómez Rojas, Sergio Atria, Luis Zúñiga, Francisco Pezoa, Antonio Acevedo Hernández, Alfredo Valenzuela y González Vera.

Con el último, y de más calidad, fundaría el grupo de “Los Siete” para publicar una revista manuscrita más o menos confidencial. No sólo de libre pensamiento, sino también de libre ortografía

Finalmente trataría en Santiago de Chile a escritores y poetas como Gabriela Mistral, Sara Hübner, Pedro Prado, Eduardo Barrios, Pablo Neruda, Alberto Rojas Giménez, Juan Guzmán Cruchaga.... Con algunos de ellos colabora en “Selva Lírica”, en “Claridad” y en “Los Diez”.

Leñador frustrado

Mientras se orienta como puede hacia la literatura con mayúscula, Manuel Rojas habita en conventillos junto al río Mapocho, entre anarquistas adámicos que gozan de la hospitalidad de doña Dorotea. Se gana la vida en diversos oficios: pintor de casas, dentro y fuera de la capital, se improvisa cuidador de faluchos y lancharo en Valparaíso.

Al no poder embarcarse por falta de documentos, se hace apuntador de una compañía de teatro que recorre Chile.

Ninguna experiencia es vana para un pichón de poeta y escritor y esta gira resultó fructífera para quien se había forjado un instrumento de comunicación como corresponsal de un diario ácrata de Buenos Aires. Pero si esto le permite avanzar en el cultivo de su espíritu, no le reporta ningún beneficio material, ni siquiera para subsistir en el más mísero de los inquilinatos. Por tanto, con González Vera y Antonio Acevedo Hernández, piensa en hacerse leñador.

En *Cuando era muchacho*, el primero cuenta el episodio humorísticamente, diciendo:

“Expusimos el proyecto a nuestros conocidos. Lo cierto fue que nadie lo encontró malo; pero no logramos reunir un solo centavo. Teníamos oyentes; pero no crédito. Juntando nuestros recursos propios no nos alcanzarían para comprar un hacha”.

En *Sombras contra el muro*, Manuel Rojas, por su parte, da forma novelada a este sueño juvenil, para concluir que por no haberlo podido realizar, los espinos, los guayacanes, los litres y los quillayes siguieron respirando en la montaña”.

Después de la Colonia Tolstoiana, que intentaron antes otros literatos y pintores chilenos, este asentamiento menor, no pasó jamás de proyecto. Se redujo a una anécdota que merece sin embargo un recuerdo pasajero, pues revela que las perspectivas intelectuales no habían variado de la primera a la segunda década del siglo.

Obrero gráfico

El oficio paralelo que siempre atrajo a Manuel Rojas para escapar de la miseria, fue el de linotipista o linógrafo, como se dice en Chile.

Sólo abandona este recurso en 1920, cuando es atacada la imprenta en que trabaja y, además empastelada. Los forajidos niños bien, no sin ayuda de la policía, después de asaltar la Federación de Estudiantes, hacen todo el daño posible al taller en que trabajaba Manuel Rojas y en el que se hallaban para componer los originales de *Vidas mínimas*, de González Vera.

La desastrosa experiencia lo empuja a vagar con otros cómicos de la legua para ganarse de nuevo el pan como apuntador.

Al regreso de una de esas giras teatrales, Manuel Rojas recalca en Buenos Aires y trabaja como linotipista en “La Patria degli Italiani” y en otras imprentas argentinas.

Cuando vuelve a Chile, tras la caída del dictador Ibáñez, la Universidad de Chile le confía la formación de un taller para imprimir sus Anales y las tesis de sus graduados. En este taller se queda Manuel Rojas veinticinco años hasta jubilarse.

Prueba de su amor al oficio elegido es un fascículo que publica sin su nombre para enseñar a corregir pruebas a los autores, ateniéndose a una puntuación más o menos razonable y no sólo personal.

De las Prensas de la Universidad de Chile, salieron corregidas por Manuel Rojas, muchas revistas y libros importantes. Entre otros, *Chile, su tierra y su gente*, del profesor norteamericano Jorge M. Mc Bride, traducido por Guillermo Labarca, autor de una novela titulada *Mirando el océano* que cuenta entre las buenas que se han escrito del otro lado de la Cordillera. Y no menos de treinta números de la revista “Babel”.

Perfeccionista

La iniciación literaria del autor de *Tonada del transeúnte* y *Hombres del Sur* está muy bien narrada por su amigo de toda la vida, González Vera.

“El poeta José Domingo Gómez Rojas —cuenta en *Algunos*—, lo instó a escribir y Manuel Rojas, lápiz en mano, permanecía horas dando forma a un primer verso. Agotada la posibilidad de mejorarlo, en otra hoja lo reproducía y comenzaba el segundo. Mientras, había fumado por cuatro. El segundo y los siguientes sufrían afinaciones copiosas. Pulidos, repulidos, copiábalos en otra carilla. Al levantarse, por más que no tuviera sino una estrofa, el alto de páginas era abrumador. Empresa de varias tardes era terminar un soneto. Por suerte, el Telégrafo empleaba buen papel, sin letras en el reverso, que podía cogerse de los mesones como bien público”.

Pero mucho antes, fue el deseo de vindicar a un ácrata acusado de soplón, lo que llevó a Manuel Rojas a escribir algo parecido a un cuento.

En vías de hacerse hombre de teatro, adoptó para la escena el titulado “La bofetada”, no de Horacio Quiroga, sino de Rafael Maluenda. No le fue bien y se recogió en si mismo. Por las tardes leía cuentos de Gorki, Chéjov y Andreiev, en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile.

“Los cansados de la vida”

Sergio Atria, traductor después de Joseph Kessel y por entonces, aplicado estudiante de medicina, junto a Salvador Allende, historió en una crónica reproducida en la séptima edición de *Vidas mínimas* de González Vera, cómo fue constituida la cofradía bajo el nombre del epígrafe. Sobrados títulos tenía el joven poeta de “Abs”:

Inutilidad de lo que es hermoso y después no ha de ser.

“Los cansados de la vida” era una especie de rama silvestre de “Los Diez” con macabro ritual de iniciación y todo.

De aquella sociedad juvenil sólo ha quedado el nombre, como testimonio de un pesimismo bastante generalizado. Manuel Rojas lo extrajo de un cuento de Andreiev, “El extranjero”, donde sólo es el estribillo de una canción rusa:

*Buenas noches a todos
los cansados de la vida.*

De ahí al *Bonjour tristesse* de Paul Eluard hay un paso de apenas medio siglo.

La impresión que hace Manuel Rojas a Sergio Atria, cuando González Vera se lo presenta en el Parque Forestal de Santiago de Chile, inclinado sobre una acequia de riego, mojándose la tupida pelambre, queda fijada con estas palabras:

“Era un gigante de rostro moreno, rudo e impasible. Parecía tallado en piedra. Sus ojos negrísimo bajo la maraña de las cejas, miraban con gravedad. Me tendió en silencio su manaza y yo sentí crujir los huesos de la mía”. Sergio Atria era de talla muy pequeña.

II. EL POETA

Fuera de Carlos Pezoa Véliz, que muere antes de finalizar la primera década del siglo en un hospital de Santiago de Chile, el modernismo, inaugurado en 1888 por Rubén Darío en Valparaíso, con la publicación de *Azul*, no tuvo cultores locales parangonables al maestro nicaragüense o a Leopoldo Lugones. Gabriela Mistral es distinta y muy posterior y ni que decir, Pablo Neruda. Su representante chileno fue, desde cierto punto de vista, Pedro Antonio González, poeta radical, entre místico y rebelde. Manuel Rojas se puso a escribir versos decadentes bajo la égida del malogrado Pezoa Véliz, además de algunos poetas anarquistas de Buenos Aires, como Alberto Ghirardo, sólo para escapar a la triste realidad que lo rodeaba. La poesía más que un arma de combate, le parecía un artículo de lujo, inalcanzable para él. Atraído por el verbo elocuente de Ghirardo, le dedicó un soneto en forma de medallón, que olvidaría para siempre y que ni siquiera hizo llegar al “homenajeado”, cuando éste se vino a morir a Chile.

El sólo hecho de poner dique de contención a la prosa cotidiana de la vida, confería cierta expectabilidad a los cultores del verso, aún en los medios más pobres de la sociedad chilena.

En *Mejor que el vino*, Manuel Rojas tiene algunas reflexiones pertinentes, partiendo de su propio caso de hijo del pueblo. Sin cambiar el tono narrativo, afirma dentro de un vasto paréntesis, según su costumbre:

“(No parece raro que en una familia rica y acaso culta, nazca, se desarrolle un poeta, es casi natural y no extraña a nadie. Hay allí dinero y quien dice dinero, dice comida, luz, calor, ropa limpia, ambiente; pero que nazca en un hogar pobre, pobrísimo muchas veces, en que no hay sino el dinero indispensable para no morir de hambre, y que en ocasiones no hay comida ni calor y rara vez ropa limpia ni libros, es tan raro como que en la Punta de Atacama crezca una palmera real, y si los padres de familia rica miran a su hijo poeta con simpatía, los de familia pobre lo miran casi con terror en que se mezcla la admiración y casi la adoración. ¿De qué estrella ha caído este resplandeciente ser?)”.

La gente de la clase media chilena, como la de su antigua oligarquía, estaba dispuesta a ver en el individuo lírico a un pequeño dios, como quería Vicente Huidobro. De su alter ego Aniceto Hevia, dirá el novelista en la misma página de *Mejor que el vino*:

“Aniceto adquirió a los ojos de algunas personas, mujeres jóvenes especialmente, y aún de algunos hombres, una importancia que lo sorprendió. Tenía los mismos zapatos rotos, los mismos pantalones lustrosos, la misma chaqueta de mangas cortas, la misma deshinchada camisa; bastaba, sin embargo, que alguien dijera que era un poeta de porvenir, para que fuese otro ser para algunas personas, por lo menos, ya que para él todo continuaba igual”.

Callado como fue siempre Manuel Rojas y más al principio de su carrera literaria, no hizo nunca gala de su don poético; pero algo rebelde y al mismo tiempo dulce y tierno emanaba de su personalidad. Esto lo destacaba en el panorama intelectual chileno del año 1920 junto a González Vera. Y el mérito del fino crítico Hernán Díaz Arrieta, Alone, fue en haberlo visto ab ovo.

En Santiago de Chile, después que lo hiciera en Mendoza, el tipógrafo Lauretti, un joven poeta provinciano, de Temuco, Pablo Neruda, supo destacar, como ya dije, los poemas

iniciales de Manuel Rojas en la revista “Claridad”. Era otro anticipo de su libro *Tonada del transeúnte*.

Un lustro tardaría el editor Nascimento en publicar este libro a pedido del novelista Eduardo Barrios, su asesor literario, precediéndolo de un volumen de cuentos de Manuel Rojas: *Hombres del Sur*.

La poesía chilena desde Pedro Prado, estaba dando un gran vuelco, liberándose cada vez más del preciosismo de Rubén Darío; pero sin alcanzar el dominio del verso libre. A este momento de transición pertenece *Crepúsculario* de Pablo Neruda (de título lugoniano todavía). En la composición final de este librito (que nunca tuvo el gran poeta por bueno), confiesa paladinamente:

*Se mezclaron voces ajenas a las mías,
yo lo comprendo, amigos.*

Tonada del transeúnte, a la par de poemas de forma regular y de uno que otro en prosa, prefigura ya el estilo futuro del novelista. Por ejemplo, cuando con cierta conciencia de lo pasajero y fugaz, confiesa:

El verso se hizo viejo antes de concluido.

En *Tonada del transeúnte* se omiten ya las mayúsculas, según la moda imperante de aquella época. Los alemanes se habían cansado de ellas porque debían ponerlas a todos los substantivos y nosotros que no los ponemos ni siquiera en los nombres de los meses del año, los imitamos servilmente... suprimiéndolas del todo.

Pero la nota personal de Manuel Rojas está presente al margen de lo externo y hasta cierta preocupación metafísica que se hará crónica después:

dentro de mí camina del tiempo con sus zapatos embarrados.

Recordé ya, con motivo de “Los cansados de la vida” una línea de su poema “Abs”. He aquí otras whitmánicas muy distintas:

*Vengo de los cerros.
Subí con las primeras luces del alba
y desciendo en el mediodía,
abandonado el cuerpo al movimiento del descenso
y el espíritu siguiendo su ritmo propio.
No me importa la hora que es.
Silbo y canto canciones que no he oído nunca
y que brotan de mí, sin esfuerzo alguno.*

Es el otro lado de la medalla: el anverso. El joven atlético que partió temprano en busca de la felicidad y que hallará muy pronto la muerte al regresar a su propia casa.

No he visto en ninguna de las antologías ni un fragmento siquiera del poema “Deshecha rosa” de Manuel Rojas, que León Felipe alabó a su publicación en la revista “Babel”, antes de merecer su inclusión en una plaqueta de lujo en la Colección del Olivar.

Sólo un escritor argentino, Héctor Eandi, el mismo que habló por vez primera en Buenos Aires de los *Veinte poemas y una canción desesperada* de Pablo Neruda, escribió a propósito de “Deshecha rosa”:

“¿Cómo juzgar el desbordamiento de un alma torturada, el torrente de lacerada sinceridad de un dolor que aúlla su imposibilidad de resignación? Las represiones que un viejo hábito moral ha hecho carne en uno tratan de formular objeciones a cada paso; pero el torrente las derriba, las arrebatata en un rodar desbordado. Y al fin nos dejamos ir con él, humanos, nada más que humanos, transidos de un noble dolor compartido, maravillados de una apasionada revelación”.

A un cuarto de siglo de “Las letanías de nuestra servidumbre” de *Los crepúsculos del jardín*, un escritor argentino tenía pocos motivos para sorprenderse, a menos que creyera con Jorge Luis Borges aquel perdurable libro de Lugones un mero ejercicio retórico.

III. EL CUENTISTA

Si bien *Hombres del Sur* sale publicado antes que *Tonada del transeúnte*, tiene primacía en la obra de Manuel Rojas lo poético, aun cuando deja finalmente de componer versos. El cuentista, tras un esbozo vindicativo y un artículo acerca del arte, se afianza en el género narrativo a partir de “Laguna”, cuento inolvidable con su epitafio y todo: “¡Pobre roto fatal!”

En 1922 “Laguna” obtuvo el segundo premio en un concurso organizado por el diario homónimo del que publicó en Buenos Aires Leopoldo Lugones en compañía de José Ingenieros: “La Montaña”. Nadie recuerda hoy quien se llevó entonces el primer premio. Según don Quijote, éste corresponde siempre a la gran calidad de la persona o al favor.

“Laguna” es todavía para muchos antólogos hispanoamericanos un relato muy representativo de la simbiosis literaria chileno-argentina, como “Los Perseguidos” de Horacio Quiroga, lo es de la rioplatense.

Manuel Rojas ha referido en forma minuciosa en qué circunstancias de pobreza lo compuso. No insistiré, pues, al respecto. Es de antiguo lastimoso el estado de incuria por el que han debido pasar algunos de nuestros creadores desde Rubén Darío abajo.

Destaco del texto de “Laguna” un breve diálogo del narrador con cierto contratista inglés de la Cordillera al ver aceptar sin dubitaciones a un peón, sólo por ser chileno.

Pregunta el hijo de la Caledonia:

—¿Usted es bueno para trabajar?

—Sí, respondí. Soy chileno.

—¿Chileno? Aceptado.

Tras un cambio tan parco de palabras viene una no menos sobria reflexión del narrador, imprescindible:

“El chileno tiene —asegura—, entre la gente de trabajo, fama de sufrido, y yo usaba esa nacionalidad en esos casos. Además, mi continuo trato con ellos y mi descendencia de ese pueblo, me daban el tono y las maneras de tal”.

Muchos años más tarde, al reproducir en su *Antología autobiográfica* el texto de “Laguna”, Manuel Rojas trata, con mucho sentido del humor, de justificar la muerte de su héroe juvenil por un imperativo retórico. No le da muerte porque aquél dejara de restituirle una frazada que le prestó al arribo de ambos a Santiago de Chile. “Lo maté —concluye—, por exigencia de la composición literaria, más sagrada para un escritor que una fábrica de frazadas”.

Por instinto, el cuentista buscó desde un principio el dominio de la técnica narrativa por el camino que había de indicar pocos años después Horacio Quiroga en su famoso Decálogo del perfecto cuentista.

Sin la menor sospecha de que Laguna fuera un apellido célebre dentro del humanismo español, Manuel Rojas deja constancia del orgullo con que lo llevaba su héroe: “¡Pura araucanía!”.

El narrador logra darnos su carácter a través de un lenguaje chilénísimo. Pero también lo explica desde su propio punto de vista, sin limitarse a transcribir sus frases graciosas al pie de la letra.

“Mi juventud —dice—, se sentía atraída por este hombre de treinta y cinco años, charlador inagotable, cuya vida era para mí adolescencia una canción fuerte y heroica que me deslumbraba. Su tema favorito era su mala suerte”.

Transcribe lo que le oyó decir a Laguna:

Yo soy un roto fatal, hermano. Usted se morirá de viejo, le saldrá una patilla para hacerse una trenza y nunca encontrará un hombre tan desgraciado como yo”.

Basta el tono y el espíritu que se quiere reflejar, según el prisma del narrador, no es imprescindible la imitación servil de la jerga popular del compadrito. El criollismo estuvo empeñado en eso siguiendo al costumbrismo español del que anhelaba escapar. “El roto Laguna” tenía que morir en su ley para seguir viviendo en el cuento de Manuel Rojas.

Pero no siempre se justifica la muerte de un personaje, por infeliz que sea su vida. Es el caso de otro de los relatos de *Hombres del Sur*: “El bonete maulino”.

Gomo ya dije, la madre de Manuel Rojas era del Maule y ella fue quien le contó la historia o leyenda de don Leiva, que su hijo transformó en “El bonete maulino” reconociendo su deuda.

En la misma narración se ingenia para enterarnos que “cualquier cosa antigua despertaba en ella largas reminiscencias del pasado, pues parecía haber heredado del pasado el sentido de lejanía y el espacio de los conquistadores españoles, que su hijo ha recibido intacto”.

“El bonete maulino” pertenece a la serie de cuentos legendarios en que se ha complacido el autor de *Hombres del Sur* a lo largo de su vida. Es notable la generalización que hace del hombre americano en esta narración de narraciones, que recuerda esas muñecas rusas que tienen una muñeca dentro de otra. El narrador confiesa:

“... debajo del bonete me parecía ver el rostro del dueño, probablemente un rostro de puro mestizo, moreno de dientes blanquísimos y bigote negro, rostro típico que se ve en las repúblicas sudamericanas, desde México hasta Chile y desde Cuba hasta la Argentina y el Brasil, rostro de domador de potros o de campañista, de cholo, de huaso, de llanero, de gaucho o de charro...”

La descripción que hace luego de don Leiva, de su carácter y de su hombría no se queda en lo pintoresco y por lo mismo cala hondo en la índole del personaje.

Así en vez de atribuirle cualesquiera cualidades, como acostumbran ciertos narradores, lo hace actuar de acuerdo con una lengua muy sabrosa, en la que apenas asoma uno que otro giro literario en que también suele incurrir el pueblo.

“De historias como esas —concluye don Leiva—, tengo un saco lleno”.

También al autor le alcanza su número para varios volúmenes. Pero *El bonete maulino* es único y da título a una de sus colecciones, prologada por González Vera. Merece, además una edición ilustrada por un pintor como Carrasco Délano, que ha elegido a este sombrero para una portada en colores de *Hombres del Sur*.

Escrito al promediar la segunda década de nuestro siglo, este cuento excepcional supera las limitaciones de la escuela criollista o nativista, pues su autor huye de lo folklórico y pintoresco para internarse, poco a poco, en lo universal.

Las consideraciones tejidas por Manuel Rojas en torno a don Leiva, lejos de lanzarlo por la pendiente que los profesores llaman de la picaresca, fieles al modelo español, resulta humanizado porque lo repiensa todo desde adentro.

“Y ahora —escribe Manuel Rojas—, bordeando los cuarenta años, don Leiva revisaba su pasado y procuraba adivinar su porvenir, presintiendo que su vida terminaría tal como se deslizaba en el presente, trabajando sin descanso, siempre pobre, viendo crecer a sus hijos en medio de la pobreza de su hogar, envejeciendo él junto a su compañera, sin ninguna perspectiva de prosperidad y bienestar”.

Mariano Latorre percibió en este cuento de Manuel Rojas “una aguda visión de la doble personalidad del huaso en su adaptación al momento social en que actuó”.

Pero Manuel Rojas ha preferido mantener su arte alejado en lo posible de la sociología y de la interpretación histórica. Le interesaba en primer término el ser humano en general desde su propio punto de vista, no la definición de uno determinado. En “El bonete maulino”, por ser regional, quiso, además, conservar el tono que supo infundirle doña Dorotea, a quien sabemos, se lo oyó por vez primera. Todavía le parecía escuchar en él su acento emocionado, lleno de ternura.

Con todo, para confirmar cuanto vengo diciendo, el cuento más popular de Manuel Rojas no es “El bonete maulino”, sino “El vaso de leche”, que figura en casi todas las antologías hispanoamericanas y su lectura es poco menos que obligatoria en los liceos de Chile.

Alone, su mejor crítico, lo ha comentado así en una página memorable:

“Hay entre los cuentos de Manuel Rojas uno que corre por todas las antologías, dentro y fuera del ámbito continental, uno de esos aciertos plenos que bastan para clasificar a un autor y lo definen fijándolo en cierta actitud, a una luz determinada, en cierta área; es “El vaso de leche”, una historia que pudo no haberle ocurrido a él mismo. No importa. Está dentro de él. Toca su fibra íntima y se reviste de una sobriedad calmada, casi diríamos majestuosa. Es el poema del mozo abandonado, presa del hambre, a quien una mujer maternal ofrece un vaso de leche y, luego otro; un desconocido a quien una desconocida le dice con la gran fraternidad de la pobreza: —Beba, hijo. No es más y no se necesita más para llegar al corazón y abrir la fuente sellada”.

Al incluir “El vaso de leche” junto a “Laguna” en su *Antología autobiográfica*, el propio Manuel Rojas parece haberse identificado a tal punto con su protagonista, que como sus lectores, acaba creyendo que se trata de una experiencia personal. Lo era en verdad, si bien la

historia le fue contada por un amigo de su juventud, El Negro Nieves, un hombre con quien cruzó a pie la Cordillera de los Andes y a quien encontró en Buenos Aires.

Pero lo que importa en “El vaso de leche”, como en todo cuento, es su elaboración y la punta que sabe sacar el autor a lo que narra, sin dejarla en mera anécdota de sobremesa.

Manuel Rojas convierte a su pobre “pata de perro”, no en un motivo para deslumbrar al lector con expresiones renovadas de su propia inventiva arrojada, sino que dice de la manera más sencilla el pasado de su personaje, un desertor de barco, que si supo ganarse el pan desde Punta Arenas en diversos trabajos a bordo, no halla cómo hacerlo en tierra firme. Tuvo así que volverse, un atorrante del puerto de Buenos Aires. De ninguna manera un ex-hombre; más bien un ser orgulloso, capaz de rechazar un adelanto que le ofrecen, para no dar la impresión de andar sin un centavo. Sólo el hambre acaba por doblegarlo. Pero hasta cuando se decide a entrar a una lechería para infringir a su patrona una pequeña estafa, vacila con un escrúpulo que no tiene ningún pillo ni pillete. Esto lo retrata de cuerpo entero, mejor que cualquier morosa o dinámica descripción, tan del gusto de ciertos tecnógrafos del cuento.

“El vaso de leche” se impone por su emoción contenida, que ni en las últimas líneas se desborda.

Con lágrimas de vergüenza, casi felices de asomar, lo defiende Manuel Rojas, remachándolo poéticamente, a puño limpio, para decirlo a la manera de Horacio Quiroga.

Con un símil exacto y oportuno pone fin a su historia del modo siguiente:

“Mientras lloraba parecióle que su vida y sus sentimientos se limpiaban como un vaso bajo un chorro de agua, recobrando la claridad y firmeza de otros días”.

Símil más eficaz que aquel otro del comienzo:

“Estaba poseído por la obsesión del mar, que tuerce las vidas lisas y definidas, como un brazo poderoso una débil varilla...”

La cola, con su simetría, no añade nada más que una fácil comparación, a lo dicho sobre la torcedura marina de una vida corriente y llana.

Pero en la época en que Manuel Rojas escribió “El vaso de leche” tales galas, eran elogiadas por los críticos, y era difícil abstraerse a ellas con ser tan fáciles.

La ensayista portorriqueña Concha Meléndez incluye “El vaso de leche” en una antología escolar junto al titulado “Cacao”, del ecuatoriano José de la Cuadra, inspirado de seguro en el no superado cuento de Manuel Rojas.

Traducido a muchos idiomas, “El vaso de leche” despierta ecos muy diversos. Recuerdo la cara de asombro que puso el poeta surrealista Rosamel del Valle una noche de mucho vino, cuando le hice servir en casa, por broma, un enorme vaso de leche, mientras hablaba de su encuentro con Manuel Rojas en Nueva York. Era más que un símbolo para el gran bebedor.

A *Hombres del Sur*, siguieron dos colecciones más de cuentos de Manuel Rojas: *El delincuente* y *Travesía*, antes que con otros inéditos, los reimprimiera la Sudamericana y

fuera consagrado como el cuentista andino por excelencia. Insisto en mi calificación, a propósito del caso rioplatense de Horacio Quiroga.

Precursores chilenos ha tenido Manuel Rojas en Federico Gana y Baldomero Lillo.

Aun en las grandes literaturas europeas los buenos cuentistas pueden contarse con los dedos de una sola mano, como se dice: Chéjov, Maupassant, Kipling, Hemingway.

Según Mariano Latorre, que ha dictado un curso acerca del tema en nuestra Facultad de Filosofía y Letras, recogido luego en volumen:

“Manuel Rojas, en su personalidad multiforme, resume todas las tendencias del cuento chileno”. Destaca su habilidad espontánea y concluye que ha nacido cuentista como quien nace orador.

Todo esto, con ser cierto, revela una limitación, porque Manuel Rojas resume no sólo las tendencias del cuento tal como se ha cultivado en el país trasandino, sino también entre nosotros y en todo el mundo, porque como dice muy bien T. S. Eliot: “Ninguna nación, sola, ninguna lengua sola, podría haber realizado lo que hizo, si el mismo arte no hubiera sido cultivado en países distintos y en distintas lenguas”.

En su segunda época Manuel Rojas fue, principalmente cuentista y hasta en sus novelas hay quien ha visto en primer término al narrador de historias más o menos relacionadas entre sí. Hace falta una clasificación temática, como acostumbran decir los profesores que se sienten un poco dueños de la literatura, porque se jubilan enseñándola. No todos, desde luego.

“Laguna”, “El vaso de leche” y “La compañera de viaje” forman una trilogía; otra, “El bonete maulino”, “El rancho en la montaña” y “Bandidos en los caminos”. De textura más poética son: “El hombre de la rosa”, “Mares libres”, “Pancho Rojas”, que me está dedicado. De humor: “El fantasma del patio”, “El colocolo” y “Oro en el Sur”; de ambiente de avería: “El delincuente”, “El ladrón y su mujer” y “Canto y baile”. De este último se ha intentado hacer un ballet y por su espectacularidad se presta mucho a ello.

Quedan varios cuentos de Manuel Rojas difíciles de clasificar: “Zapatos subdesarrollados”, “Pedro, el pequenero” y “El león y el hombre”. Vale la pena comparar este último con un cuento incluido por Ernesto Montenegro en su serie titulada finalmente *Mi Tío Ventura*.

Cuando “Un espíritu inquieto” se publicó en *Hombre del Sur*, su prologuista, el crítico chileno Raúl Silva Castro, no dejó de acusar de plagio a Manuel Rojas por el parecido que tenía este cuento con otro de la “Revista de Occidente”, cuyo nombre no recuerdo. González Vera el fiel amigo del autor injustamente vapuleado, lo rebatió en forma definitiva.

Muchos años después la novelista chilena María Carolina Geel encontró en un guión cinematográfico de Jean-Paul Sartre, *Les jeux sont faits*, innegable afinidad con “Un espíritu inquieto”; pero con ser el guión de Jean-Paul Sartre un cuarto de siglo posterior a la publicación de “Un espíritu inquieto”, no incurrió aquélla en la ligereza de Silva Castro y el autor de *La náusea* se salvó de ser acusado de plagiarlo.

Cuanto a Manuel Rojas, contrariamente a esos autores sudamericanos que andan proclamando por ahí que Joyce, Kafka y Faulkner no han hecho más que despojarlos de su genio, ni

siquiera se dio por enterado. Pero sí ha reconocido siempre su deuda con Bret Harte y O'Flaherty. La variedad de sus cuentos revela una constante búsqueda de perfección hasta llegar a “Una carabina y una cotorra”.

A esta búsqueda de toda su vida le oímos alguna vez aludir en la tertulia babélica que duró un cuarto de siglo en la capital trasandina y a la que, fuera de los escritores chilenos mencionados ya en estas páginas, concurrieron de paso, Eduardo González Lanuza, Héctor Eandi, Dardo Cúneo, entre otros argentinos.

IV. EL NOVELISTA

Lanchas en la bahía se titula la primera de las novelas de Manuel Rojas. Importa un gran paso en la evolución de su narrativa; pero los capítulos iniciales conservan la técnica de sus cuentos y el título impreciso es, ay, todavía poético...

La novela empieza con su alter ego, adolescente aún, bajo el nombre de Eugenio y no de Aniceto Hevia que adoptaría después. El silencio imponente de la noche marítima y uno que otro detalle local hacen innecesario que diga, como en una obra de teatro: la acción en Valparaíso. Rucio del Norte, su protagonista, es un roto chileno de pies a cabeza. Lo acompañan otros personajes litorales y laterales, el hombre de la I. W. W. y el anfitrión del muchacho santiaguino. Este le brinda no sólo su casa sino su propio lecho para que duerma en él de día con su vástago de sólo un año. Lo que permite al novelista escribir una media página, que trae a la memoria el nacimiento de la época industrial en Inglaterra que ha fijado en un libro clásico Federico Engels.

En general, Manuel Rojas es muy parco en las descripciones y no se aparta del relato para fustigar ningún régimen. Si en algo abundaba era en metáforas que a mi pedido fue eliminando en ediciones sucesivas.

Al recibir la primera edición de *Lanchas en la bahía*, en Córdoba, el poeta de *Melpómene*, Arturo Capdevila, escribió a Manuel Rojas, alabando el encanto de su prosa y preguntándole al mismo tiempo de dónde había sacado la canción que menciona en el capítulo final:

*Sali de Cuba
con rumbo a México
en un vapor para Nueva York.*

Tal canción, asegurábale Capdevila, lo había acompañado durante su infancia y estaba interesado si todavía se continuaba cantando en Chile como en la Argentina.

Cito este detalle, al parecer ocioso, porque revela el profundo nexo entre Chile y Argentina. Por algo hay un Chilecito en La Rioja.

Escrita *Lanchas en la bahía* en 1930 para un concurso abierto por el diario trasandino “La Nación”, obtuvo el primer premio; pero el novelista tardó casi dos años en saberlo. Porque, si bien, el Jurado alcanzó a expedir su fallo dentro del plazo que se fijó de antemano, sólo se hizo público a la caída de la dictadura del coronel Ibáñez. El propio Manuel Rojas a punto estuvo de ser expulsado del país por extranjero indeseable, sin documentos de identidad. El premio importaba cinco mil pesos, justamente lo que ganaba Manuel Rojas, su autor, al frente de las Prensas de la Universidad de Chile en cinco meses.

Cuando al fin salió la novela editada por la Empresa Letras, de triste memoria ictiológica, pese al premio de “La Nación” oficial y ser una de las mejores que se han escrito en Chile, no despertó el entusiasmo del público lector. Manuel Rojas hubo de cobrar sus derechos de autor en un elevado número de ejemplares que fue obsequiando, a troche y moche, hasta que otro editor se hizo cargo del resto por unos pocos pesos.

¿Qué pudo atentar contra el libro? ¿El título vago? ¿La falta de promoción como se dice ahora? ¿Unos recuerdos de su infancia bonaerense, agregados de yapa?

Manuel Rojas dedica medio pliego en su *Antología autobiográfica* a contar la génesis de aquella su novela inicial que se publicó con un prólogo elogiosísimo de Alone. Veinte años tardó *Lanchas en la bahía* en llegar al público y aún no tiene, fuera de su *Obra completa*, una edición argentina. Recuerdo haber interesado en la adquisición de los derechos a un editor que la hizo leer por sus asesores y finalmente no la reimprimió. Sólo en 1957, cuando le dieron a Manuel Rojas el Premio Nacional de Literatura, esta pequeña obra maestra encontró acogida dentro y fuera de Chile y su autor hasta recibió proposiciones para que fuera filmada y ni que decir llevada a la T.V. como se hizo.

En el recordado prólogo de Alone, podía leerse lo siguiente:

“Como para dar un mentís a los teorizantes literarios, la naturaleza ha hecho de Manuel Rojas, en primer lugar un poeta de la más exquisita sensibilidad y luego un autor de cuentos y novelas, donde la ternura se apaga en ironía y la observación, aguda, tranquila, se prolonga en imaginaciones llenas de gracia. Todavía más, este hombre, aparentemente condenado a la tosquedad de las formas, ha seguido una línea de sutil refinamiento y se ha hecho estilista, o ha logrado ese supremo milagro de la prosa: el equilibrio, la ausencia de extremos, la disimulación del arte por la sencilla y perfecta naturalidad”.

Basta para comprobar el aserto de Alone cualquier escena de *Lanchas en la bahía*. Por ejemplo, aquella de la famosa Subida Claver, feria de la prostitución porteña en Valparaíso, o la del enganche obrero del mismo puerto, al final del tercer capítulo. He aquí algo de la segunda escena:

“Estaban los hombres sentados en el suelo con su equipaje y se les veía serios, tristes; había también oscuras mujeres, flacas, sucias, desgredadas, tristes también, y niños raquícos, mugrientos, que se apretujaban contra sus padres mirando el mar con ojos de angustia. Varios se embarcaban ya en una lancha subiendo hacia ella por una tabla afirmada por un extremo en la popa de la embarcación y por el otro en la playa”.

Rucio del Norte, un *bichicuma* iquiqueño, bien plantado en la tierra y en los trabajos marítimos, es la gran creación del incipiente novelista, que no ha soltado amarras aún del todo. Rucio del Norte, buen compañero prostibulario y patriota, gusta divertirse a la chilena con hartos tragos y cueca para caer curado... Es el roto por excelencia, capaz de encandilar a un muchacho que admira su hombría y su audacia.

En *El delator* de Liam O’Flaherty, escritor irlandés, como James Joyce, aprendió Manuel Rojas muy temprano, de segunda mano, por su falta de conocimiento del original, el monólogo interior que no es en verdad un invento exclusivo de nadie; más de un escritor lo ha utilizado para dar vida y movimiento a sus personajes por introvertidas que fueran. Se lo encuentra ya en novelas de Tolstoi, antes que en tal o cual novelista francés.

Manuel Rojas no lo transforma en un procedimiento para sorprender a quienes literaturizados en exceso hablan de la temática y la problemática todas las veces que pueden, engolosinados con estas palabrejas, que se han vuelto lugares comunes distinguidos...

En *Lanchas en la bahía*, Manuel Rojas alcanza su máxima tensión. No la desnudez que hacía presumir “El bonete maulino”.

En este cuento, refiriéndose al dueño del gorro, dirá humorísticamente: “Apelé a diversas metáforas con ánimo de aturdirlo”. Aquí usa y abusa de las mismas, pensando en la escritura artística por encima de la vital. Pero de pronto, en solo media página tiene dos comparaciones nada superfluas.

Inolvidable, la viejecilla Celestina, cuya esclerótica parecía estar llena de migas de pan y que sacaba de su pañuelo de rebozo una mano minúscula y arrugada que parecía una tortuguita.

Después de algunos cortes introducidos por el autor en las reediciones de *Lanchas en la bahía*: el diálogo, la psicología, el paisaje, todo quedó engarzado con nitidez. Ninguna nota salta a la vista como puramente decorativa; ningún ahuecamiento de la voz o del gesto para impresionar al lector sabihondo o experto en estilística...

Dije alguna vez, refiriéndome a esta novela, que tras la pintura del pobre buitre que pierde su empleo por quedarse dormido, Manuel Rojas deja en la sombra otras aves rapaces, para dedicarse a la vida desbordante del puerto de Valparaíso; a su amigo, el capataz Alejandro de los I.W.W. o dobleiú, y, sobre todo, a Rucio del Norte. Los hombres le interesan y no las palabras. Estas, sólo para pintar de cuerpo entero a aquéllos.

En la parte titulada “Los libros” me ocupo de cada una de sus obras de narrador.

V. INTERMEDIO

El grupo “Índice”

Mientras Manuel Rojas trabajaba en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, fundada, como es sabido, mediante una donación del general San Martín, se forma en ella el grupo “Índice” con Eugenio González, futuro senador socialista y Rector de la Universidad de Chile, Raúl Silva Castro, periodista y crítico de mucha erudición, Mariano Picón-Salas, novelista venezolano formado en Chile, además de Ricardo Latchman y Benjamín Subercaseaux, profesor, sobre todo, el primero y ensayista y novelista el segundo.

Por entonces dirigía yo en Buenos Aires el grupo babélico, no más homogéneo, y con Manuel Rojas proyectamos la unión de nuestras fuerzas con grupos afines de México, Perú y Cuba para sacar la revista “Continente”. De tal iniciativa sólo ha quedado, a la muerte de José Carlos Mariátegui, una portada que diseñó Jorge Mañach. Por aquellos años todavía era posible intentar el diálogo hasta entre adversarios y nosotros soñábamos con una publicación que apareciera con un mismo formato y un mismo nombre cada tres meses en una distinta capital hispanoamericana.

El grupo “Índice” no dejó mayor huella en la formación de Manuel Rojas; pero sí el gusto de la discusión de ideas en artículos y ensayos.

Cinco años más tarde al llegar yo de vacaciones a Chile, intimamos, no sólo literariamente, pues teníamos muchos recuerdos comunes de Buenos Aires, desde la época del colegio hasta la muerte de Horacio Quiroga, a quien Manuel Rojas no llegó a conocer personalmente, pues mientras él andaba por las librerías de la Avenida de Mayo, el gran cuentista estaba en Misiones. Los dos habíamos aprendido en la escuela los versos patrióticos de Esteban de Luca y aun podíamos entonarlos juntos:

*La América toda
se conmueve al fin
y a sus caros hijos
convoca a la lid,
a la lid tremenda
que va a destruir
a cuantos tiranos
la osan oprimir...*

Los dos éramos también los únicos capaces de señalar en los versos de Carlos Pezoa Véliz, “Pancho y Tomás”, algunas reminiscencias de las quintillas del “Solterón” de Lugones.

A Sarmiento, Lugones y Quiroga dedicamos muchas páginas de la revista “Sech”, órgano de la Sociedad de Escritores de Chile.

Algunos intelectuales sectarios nos tomaron ojeriza cuando sacamos “Babel” en Chile y firmamos manifiestos contra los dictadores que no sólo a la América toda osaban oprimir...

Solidaridad gremial

Buen compañero, Manuel Rojas presidió dos veces la SECH (Sociedad de Escritores de Chile), después de Alberto Romero y Ernesto Montenegro. Bajo su dirección, además de los números dedicados a Sarmiento, Horacio Quiroga y W. H. Hudson, se publicó uno sobre la Revolución Rusa, con el discurso de Trotsky a los estudiantes de Copenhague. Siempre había objetores inconscientes de lo que hacíamos o dejábamos de hacer. Durante sus presidencias de la SECH, Manuel Rojas llegaba puntualísimo. No decía palabra; pero escuchaba cuanto querían decirle los intelectuales necesitados de hablar. Le gustaba poner en el centro de la mesa, redonda o cuadrada, su paquete de cigarrillos, que desaparecía rápidamente a su vista y paciencia. Un segundo paquete corría igual suerte. Y como tenía sentido del humor, empezó a comprar cigarrillos ordinarios para la voracidad de los aficionados; pero estos no mostraban interés por ellos y él se volvía con el paquete intacto.

Muchas grandes y pequeñas iniciativas se debieron a Manuel Rojas. La gestión para que se instituyera el Premio Nacional de Literatura; un congreso de escritores, en el que se discutió el derecho de éstos a oponerse al Estado y a sus burócratas y dirigentes. Formó parte asimismo Manuel Rojas de los primeros Jurados oficiales y contribuyó con su voto a premiar a Augusto d'Halmar y Joaquín Edwards Bello.

Años de transición

A mi llegada a Chile aún vivía María Baeza, segunda mujer de Manuel Rojas. Este ocupaba una parte de la vieja casa de sus suegros en el barrio de Ñuñoa. Era ya padre de tres cachorros: dos mujercitas y un varón. Manuel Rojas hacía mucha vida hogareña. Solíamos juntarnos a escuchar la radio de Moscú durante los célebres Procesos Stalinianos.

Corta fue la dicha conyugal de Manuel Rojas. María Baeza falleció en la primavera de 1936, a poco de la invasión italogermana a España. Viudo, tuvo que hacer, como nuestro admirado maestro Horacio Quiroga, de padre y madre de sus hijos. No le alcanzaba el sueldo que ganaba como director de las Prensas de la Universidad de Chile y hubo que conseguirse otros dos empleos para dar a sus niños todo lo que no tuvo él en su infancia.

Entre tanto, el nazismo y el fascismo iban ensombreciendo el mundo. Los alemanes del sur de Chile se hicieron sentir y empezó a cundir el antisemitismo. Rojas no dejó de combatirlo en medio de su propia tragedia familiar. El recuerdo de la mujer muerta surgía de pronto en un "Nocturno" audaz:

*Vuelve en la noche el recuerdo de aquella
en quien reposaban mi dureza y mi ternura de hombre,
finas herramientas hoy perdidas.*

Homme à femmes

Recurro a esta expresión francesa, no para ocultar, como en un latinajo, algo ilícito, sino porque no hay en nuestro idioma un giro equivalente. *Homme à femmes* viene a ser hombre para gustar a las mujeres y no lo que llamamos mujeriego.

La primera edición de *Lanchas en la bahía*, sumamente modesta, se adornaba, sin embargo, con una foto muy atrayente del novelista, obra del mismo artista que retrató a Pablo Neruda a los veinte años. Georges Sauré. Comparando ambas, explícate que tuviera más gancho aún el prosista que el poeta.

Por motivos muy semejantes a los de Horacio Quiroga, Manuel Rojas llamaba la atención de las mujeres. Es un capítulo de su vida, difícil de ser abordado. El propio novelista de *Mejor que el vino* dejaría en las páginas de “Babel” un largo episodio titulado “Muerte en otoño”, sin darle ubicación en ninguno de sus libros. Por mi parte abomino de los eruditos que aclaran aquello que un novelista deja en la sombra y que adivinan los buenos lectores. Estos no tienen necesidad de glosas. Por eso pongo punto final a este aspecto de su personalidad.

Marta Brunet solía llamar a Manuel Rojas con su voz de muchacha provinciana “el grandote” o jugando el vocablo a la manera española, “nuestro más grande escritor”.

Ascensiones

Al casarse de nuevo un lustro después con Valeria López Edwards, Valérie por haberse criado en París, ésta resultó una madre muy abnegada para sus hijos. No una madrastra.

El hombre de los tres empleos pudo al fin construirse un bungalow en Providencia por intermedio de una Caja de Previsión y costear los estudios de sus hijos. La menor, María Paz Rojas Baeza resultó una neuróloga distinguida que asistió en cierta ocasión al propio crítico de la obra literaria de su padre, Alone.

Tal vez no esté fuera de lugar copiar aquí un soneto mío a Valérie para resumir en apenas catorce líneas lo que requiere más de una página:

A VALÉRIE

*Tu recatada educación francesa,
hecha principalmente de medida,
sólo hasta encontrar cónyuga te dura.
Manuel Rojas te impone su largueza...*

*Entonces optas por la lengua inglesa
y estudias su pronunciación más pura
cada vez con mayor desenvoltura.
Manuel Rojas agacha la cabeza.*

*Lo disparejo superado así,
ardéis los dos con una misma llama,
cosa que nadie juzga baladí.*

*Pensando en el Retrato de una Dama,
Valeria, Valerita, Valérie,
mi verso Lady Rojas te proclama.*

El último Edwards

No muy estrecha fue siempre la amistad que sostuvo el autor de *Valparaíso, la ciudad del viento* con Manuel Rojas. Joaquín Edwards Bello, Joaquín a secas, como gustaban llamarlo quienes celebraban sus genialidades, para identificarse así más con él. No se resignaban a que pasara a la historia de la literatura chilena sólo como gran periodista. Joaquín mismo sentía celos del hombre venido de abajo, que lo miraba desde lo alto. Por eso dijo un día que, mientras él descendía hacia el pueblo casándose con una señora Muñoz, Manuel Rojas lo hacía con una media Edwards. Pero tenía estimación por Manuel Rojas. Así, en vísperas de su viaje a Cuba conmigo, nos mandó al “Antoniotto Ussodimare” un afectuoso telegrama recomendándonos a su hermano Emilio, a la sazón Embajador de Chile en La Habana. Don Emilio nos recibió en efecto como a camaradas y concurrió a nuestras conferencias. Pero de Manuel Rojas como conferenciante y profesor, por necesidad de moverse de un país a otro, diré algo más adelante, pues el descubrimiento de las Escuelas de Verano y las Universidades extranjeras que reciben huéspedes sudamericanos por razones políticas, lo hizo un poco tarde.

En torno a la crítica

Inseguro de sí, como buen autodidacta, le preocupaba mucho a Manuel Rojas en su juventud el ejercicio de la crítica, sobre todo, al modo germano, como “ciencia literaria”. Naturalmente, no la encontraba fuera de las cabezas de ciertos profesores tudescos entregados a especulaciones generacionales....

Una bullada polémica francesa, hoy olvidada, del abate Bremond, hizo discurrir a Manuel Rojas, tan sobrio, en muchas páginas de un folleto acerca de la nueva y pasmosa sensibilidad de quienes querían procurarse una poesía químicamente pura, mediante imitaciones pueriles, importadas con mucho retraso.

La verdolaga utilizada por el autor de *Tonada del transeúnte*, no deja de provocar hoy una sonrisa, pero tampoco Guillermo de Torre, aduanero de las literaturas de vanguardia en todos los idiomas, no calaba mucho más hondo. Nuestro novelista deja pronto esas divagaciones de segunda mano con citas de Schiller en francés...

Sobre la prosa

En las *Reflexiones sobre la literatura chilena*, de tres años más tarde, Manuel Rojas pisa ya terreno más firme, aunque continúa exigiendo una exactitud científica en todo, a la manera de H. G. Wells y no de Julio Verne. Pide a la prosa un cúmulo de nociones enciclopédicas, en vez de imaginación y afinamiento. Por último, vuelve a la idea de la personalidad y comprende que no hay estilo posible sin ella.

“Muchas veces he pensado —postula—, que los escritores de por acá hemos pasado de la simple narración oral a la narración escrita, sin sufrir el proceso de individualización, sin dar a la obra literaria el sello de una íntima personalidad, sin poner en ello lo que en nosotros puede haber de verdaderamente creador, etc”.

Echando siempre de menos una técnica nueva o renovada, insiste goethianamente acerca de la personalidad por encima de todo, y agrega:

“Nos falta personalidad en literatura... Creemos hacer obra literaria describiendo lo que vemos... así como ciertos pintores creen hacer pintura reproduciendo fielmente una botella o una flor”.

Y preciso es imponerse una disciplina, no conformarse con nombrar las calles y las plazas que cruzamos a la manera de las guías turísticas, aunque éstas se refieran a sitios consagrados por la poesía y la novela.

Andinista

Gran caminador, Manuel Rojas, conoció la Cordillera de los Andes desde muy joven, tanto del lado argentino como del chileno. Primero como trabajador y después, excursionista. La exploró repetidas veces, casi siempre a pie. Durante mi residencia trasandina me inició en este culto gorkiano. No se me olvidará nunca una ascensión hasta el refugio de Lagunillas, cerca del límite argentino. Iban con nosotros nuestras mujeres y también mi vástago, entonces de apenas cinco años. ¡Con qué admiración corría el pequeñuelo tras su “tío” con la chomba en la cintura y midiéndolo con la vista de abajo arriba, lo mismo que a los altísimos cerros cubiertos de nieve. Viéndolos correr, yo recordaba los versos de Lugones a los Andes:

*Llevaldes a los niños que los vean
Haced que se ennoblezcan de montaña.
Yo que soy montañés, sé lo que vale
La amistad de la piedra para el alma.*

No fueron muchas, sin embargo, las correrías que hicimos con el formidable andinista a quien llamó Waldo Frank: el andariego Sherwood Anderson del Sur. Puedo recordar apenas una cuantas salidas rurales, una en que dormimos en carpa junto al mismo límite de Mendoza y otra, en compañía del humorista González Vera, tan urbano como yo mismo, en busca de la astromelia, flor difícil de hallar cuando se sale a buscarla y que de pronto se la encuentra donde menos se piensa.

¡Oh, España!

Sin duda, para la generación literaria de Manuel Rojas —la mía también—, ningún acontecimiento histórico nos afectó más hondamente que la tragedia del pueblo español en 1936. La sentimos como algo personal a tal punto que hubiésemos querido tener la posibilidad de ir en su defensa, no sólo con la pluma del escritor. En ese sentido Manuel Rojas elabora una página, no recogida en volumen, que me complace en transcribir. Dice:

“Algún día un gran poeta o un gran novelista, quizá un apasionado historiador, escribirá la epopeya de este pueblo, contará entonces cómo este pueblo fue el primero que se levantó contra el fascismo; cómo ese pueblo, mirado en menos en Europa y América, por habitar un país de poco desarrollo industrial, dio un ejemplo de dignidad y hombría a los países repletos de carbón, hierro y petróleo; cómo ese pueblo en alpargatas, sin más armas, al principio, que las armas que pudo arrebatar de las manos de amigos y enemigos, escribió con ellas y sin ellas, las páginas de Madrid y Barcelona; cómo no escatimó ni sangre ni coraje; cómo fue el asombro del mundo y cómo ese asombro trajo a sus ensangrentadas ciudades y carreteras al hombre que desde lejos reconoció en él, sin tomar en cuenta el lugar ni la lengua, su propio dolor y su propia causa...”

Sólo en Albert Camus puede hallarse algo parecido.

De la poesía a la Revolución

Bajo tal epígrafe, coleccionó Manuel Rojas sus ensayos iniciales de aquella época, consagrados a Samuel Butler, José Martí, Máximo Gorki, Horacio Quiroga y León Trotsky. Se trata del camino recorrido por él mismo.

Gran lector, anotó cuanto le habían sugerido algunos libros de su preferencia; pero prescindiendo de todo compromiso partidario, aunque durante unos pocos meses se adhirió al Partido Socialista por razones culturales. Mas, cuando lo vio pactar con el ex-dictador Ibáñez renuncia. Ibáñez para llegar de nuevo al gobierno, después de probar sin éxito con la Derecha, lo intenta y consigue con la Izquierda, y Manuel Rojas se retira, no sin aludir a cierto secretario arribista, que de tal modo trepa hasta una senaduría que creyó vitalicia.

Dentro del campo literario, Manuel Rojas prefería trabajar con sus compañeros en equipo, estimulando a los mejores y más independientes.

Al mismo tiempo que sus propias páginas dispersas, recopiló textos escogidos de Pedro Prado, Mariano Latorre, Juan Guzmán Cruchaga, Juvencio Valle y González Vera para una pequeña biblioteca de autores chilenos fundada por un refugiado español.

También forma una antología de costumbristas, iniciándola con textos de Sarmiento.

¿Argentino o chileno?

Como a Horacio Quiroga, nacido en el Uruguay; pero literariamente argentino, Manuel Rojas nunca dejó de sentirse bonaerense. Le hacía mucha gracia el lenguaje de su infancia, que hallaba chacotero y familiar. Estando en Chile, tuvo ocasión de asistir a una especie de foro radial entre varios escritores de distinta procedencia hispanoamericana. El novelista Mariano Latorre, padre del criollismo trasandino, *malgré lui, tout Court*, según su segundo apellido, se quejó de que andando por el campo de su país, a caballo y con poncho, cuando saludaba de paso a algún huaso que se le atravesaba en el camino, éste invariablemente le contestaba:

—Adiós, gringo.

—Pues a mí —terció Manuel Rojas—, “aunque anduviera de leva y tongo, ninguno me tomaría por francés”.

Victoria Ocampo, que lo vio entrar alguna vez al Hotel Crillón de Santiago de Chile, no tuvo dudas de que se trataba de un argentino y así se lo confió a Delia del Carril.

No basta, se ha dicho, querer ser de esta o aquella nacionalidad. La gente del pueblo tiene mucho sentido tribal y rara vez desacierta, tratándose de tipos tan inconfundibles como eran Mariano Latorre y Manuel Rojas.

Papeles de identidad

Desde muy temprano le preocuparon, pues ya en *Lanchas en la bahía*, su autor toca el tema de las cédulas y pasaportes, imprescindibles para moverse de un lugar a otro. Viejo ya, tuvo

que ir al consulado argentino de Santiago de Chile para procurarse una copia legalizada de su nacimiento en Buenos Aires. Lo atendió deferentemente un funcionario; pero al enterarse de que tal fe de bautismo se la exigían las autoridades chilenas para jubilarlo, lo midió con la mirada de abajo arriba, pensó quizá en el magnífico granadero de San Martín que hubiera podido ser a los veinte años y le preguntó con mucha prosopopeya:

—¿Sabe usted, señor, que la nacionalidad argentina es irrenunciable?

Desde luego, le contestó Manuel Rojas; pero yo nunca tuve cómo ir a Buenos Aires a buscar mis papeles de identidad; ahora, sí, de no poder hacérmelos llegar el Consulado con todos los correspondientes sellos del Ministerio de Relaciones Exteriores. Y efectivamente, se vino él mismo a buscarlos. Pero al frente de un ensayo narrativo acerca de su entrada en Chile puso como acápite los siguientes versos de Juan Ramón Jiménez:

*¿De dónde es una hoja
transparente al sol?
¿De dónde es una frente
que piensa, un corazón que ansía?
¿De dónde es un raudal que canta?*

Sin patriotismo exclusivo

Hombre austero y quitado de bulla, como se dice en Chile y en algunas provincias argentinas, Manuel Rojas no era, sin embargo un puritano. Le gustaba divertirse y bailar, aunque la remolienda prostibularia no le atrajo nunca, ni siquiera en su juventud. La miraba con ojo crítico. Buen bailarín de cueca, no exageraba en lo más mínimo el juego inherente a esa danza sensual y bullanguera. No se podía decir de él que fuera un hombre alegre; pero tampoco del todo triste. Le venía bien este verso de Pablo Neruda:

Si me dan la guitarra canto cosas amargas.

Yo lo he visto bailar una noche a los postres de un banquete literario en la terraza del cerro San Cristóbal de Santiago de Chile. Lo hizo de modo admirable, sin un paso de más ni de menos. La medida era una de sus constantes, pese a su talla de gigante.

Le gustaba el ballet ruso más que el tango y no tenía empacho en declararlo. También sabía apreciar la música de los más refinados compositores europeos y americanos. Los antiguos cantos españoles lo fascinaban como a su amigo González Vera y cuando se pusieron de moda las canciones de protesta escribió la letra de algunas que fueron grabadas con música de Ángel Parra. Pero no fue nunca un patriota profesional.

Manuel Rojas y Alone

La relación del autor de *Lanchas en la bahía* con el prologuista de esta novela y su crítico de mayor consideración, siempre fue agrídulce; pero se respetaban mutuamente, porque Alone tuvo la virtud de ser independiente y reconocer los valores literarios surgidos del pueblo: Gabriela Mistral, Pablo Neruda, González Vera y Manuel Rojas. Pero en cierta ocasión se ocupó en forma un tanto desdeñosa de Horacio Quiroga, sin caer desde luego, en las demasías de Guillermo de Torre. Alone sólo dijo que no volvería a repetirse un plato como “La gallina

degollada”. No tardó en rectificarse, cuando Manuel Rojas y yo, salimos en defensa del gran cuentista uruguayo-argentino o rioplatense.

A la muerte de Quiroga, Rojas había escrito para “Babel” un hermoso ensayo acerca del autor de *El salvaje*, que luego recogió en libro. Tiene una buena definición del estilo de Quiroga, comparándolo “con una de esas herramientas que los trabajadores solitarios de las montañas o de las selvas, mineros o carboneros, imposibilitados de adquirir otras, hacen por sus propias manos y que careciendo del tipo standard, ostentan, en cambio, al mismo tiempo que la dureza del material con que fueron construidas, la gracia personal y el espíritu del que las hizo”.

Horacio Quiroga y Manuel Rojas

He asociado repetidas veces estos nombres en las páginas del presente tributo a uno y otro. Había, en efecto, muchos puntos de contacto entre los dos escritores, si bien nunca se conocieron personalmente.

Ya en 1924, cuando dediqué un número de “Babel” a Horacio Quiroga, Manuel Rojas se hizo eco del mismo en Santiago de Chile.

A la muerte voluntaria de Quiroga escribió en “Babel” algo comparable a la “Mascarilla espiritual” de Martínez Estrada. He recordado ya la definición que hizo de su estilo. Vale la pena que agregue otras líneas sobre la persona o la personalidad del autor de *El salvaje*:

“El hombre Quiroga me llama y lo veo ahí, oigo el latir de su pulso, el fluir de su pensamiento; lo veo debatirse en lucha consigo mismo y los demás; está libre, sin etiquetas y sin partido político, entregado a las oscuras fuerzas que surgen de él”.

Por su parte, Horacio Quiroga, sin conocerlo más que a través de algunos de sus cuentos, sintió —me consta— mucho aprecio por él y se lo comunicó en una breve carta, de esas que solía escribir cuando un libro lo impresionaba bien. Recuérdese la que dirigió a Benito Lynch.

El grupo “Babel”

Con el único núcleo literario que mantuvo Manuel Rojas una larga y fructífera relación fue el de mi revista o periódico. Un acucioso investigador de los que fomentan los centros universitarios, podría llenar numerosas fichas con sus trabajos publicados en “Babel”, a cuyo cuerpo directivo perteneció durante mi residencia en Chile. Sin más ayuda que la memoria, recuerdo “El último combatiente”, en el número de homenaje a León Trotsky; “Versos para la Revolución de Octubre”; “Paz en Europa”; “España otra vez”; “El socialismo y la libertad”; “Sacco y Vanzetti”; “Dos centenarios: Marx y Thoreau” y “Muerte en otoño”, además de otro capítulo excluido de *Hijo de ladrón*.

Durante los tres lustros que la revista se publicó en Santiago de Chile, se caracterizó por su denuncia de los crímenes de Stalin, como para que ningún escritor pudiera, tras la confirmación de los mismos por Kruschov, alegar ignorancia, como hizo Pablo Neruda.

Nosotros no caímos jamás en el culto al icono georgiano. En esto, guardando todas las distancias, Manuel Rojas, González Vera, Ezequiel Martínez, Estrada, Luis Franco y yo estuvimos próximos a Edmund Wilson, George Orwell, Albert Camus, Octavio Paz y León

Felipe, a fin de no abundar en otros nombres, que los hubo, para honra de nuestro gremio y condena de los incondicionales.

Dos artistas, dos temperamentos

Cuando durante la segunda guerra mundial Waldo Frank llegó a Chile desde Buenos Aires con una herida en la cabeza que le infligieron los nacionalistas argentinos, el grupo de “Babel” decidió comisionar a Manuel Rojas para que lo acompañara a la ciudad de Valdivia, refugio de los nazis criollos que se guiaban, no sólo por la hora de Berlín sino por sus órdenes.

Manuel Rojas dejó en varias notas de viaje algunas reflexiones, que me parece vale la pena recoger.

“Vamos a ir al Sur —me dijo Frank— a estudiar, a trabajar. Nada de conferencias, nada de periodistas. Cuando lleguemos a un pueblo saldremos a caminar por sus calles para observar a la gente”.

—Con este hombre —le había dicho González Vera a Frank—, va usted seguro. No es mudo; pero casi no habla.

Manuel Rojas, el silencioso, tuvo pues oportunidad de observar el método de trabajo de Frank y de compararlo con el suyo.

“Mientras a Waldo Frank sólo le interesaba la gente del pueblo y apenas se dejaba impresionar por la belleza del paisaje con sus soberbios volcanes, a mí me interesaba únicamente el paisaje, no como algo literariamente aprovechable, sino como simple gozo”.

Los ríos, las montañas, los árboles se le borraban a Manuel Rojas y necesitaba renovar su contemplación cada cierto tiempo, a fin de mantener intactos sus colores.

A mí me recordó este viaje aquel de Leopoldo Lugones y Horacio Quiroga a las misiones jesuíticas, a principios del siglo.

Ernesto Montenegro y Manuel Rojas

Aunque doce años mayor, el autor de *Mi tío Ventura*, fue quizá de todos los escritores chilenos que lo antecedieron, el que tenía mayor afinidad con el cuentista de *Hombres del Sur*.

Cuando Ernesto Montenegro, antiguo colaborador de “La Prensa” de Buenos Aires, obtuvo el premio Sarmiento-Alberdi, lo celebraron aquí juntos. En una crónica que publicó Rojas en torno a este acontecimiento, asegura que Montenegro llevaba sujeto con un alfiler de gancho a un bolsillo de su chaleco, el importe del mismo, por si algún paisano intentaba expropiárselo...

En esa misma crónica se refiere a su amistad con el veterano escritor de nuestro grupo babélico así:

“Los dos recuerdos que tengo de él, en que más claramente lo veo, se relacionan con sus llegadas y sus partidas. Hace años fui con González Vera y Enrique Espinoza a esperarlo a Los Cerrillos. Venía de Inglaterra o de Alemania y cuando el inmenso avión, después de aterrizar, se detuvo en la losa, vimos bajar a un ser de estatura normal, delgado, de cabellera cana y firme, pálido, de expresión desengañada, de líneas finas, tostado, nada gesticulante, que avanzó hacia nosotros como si viniera de la esquina”.

Nos sentíamos, en verdad, todos vecinos de Concord, antes que del barrio Providencia de Santiago de Chile, en nuestra devoción por Henry David Thoreau.

Máximo Gorki

Aun cuando Manuel Rojas admiraba, por encima de todos los escritores rusos, a Dostoievsky, sentía más cerca de su corazón al autor de *Los vagabundos*. Muchas veces los críticos lo llamaron, en son de alabanza, claro está, “nuestro Gorki”.

Es discutible cualquier aproximación nominal; pero suele ser un recurso para ubicar a un autor dentro de su familia espiritual.

A la muerte de Máximo Gorki, Manuel Rojas escribió en “Babel” una confesión de la que importa retener algunos párrafos:

“...Lo sabía vivo como escritor y como hombre; era para mí un alto valor literario y humano; y este juicio, inamovible en mi espíritu, y aquella seguridad de su existencia física, me eran suficientes... La muerte que ha terminado con Gorki como hombre, ha venido de modo paradójico a refrescar y engrandecer su imagen y hacer surgir de ella bruscamente todo lo que guardaba en sí. Me he dado cuenta, de qué manera vivía él en algunos de nosotros y que intensa vida insuflaron en nuestras almas su obra y su personalidad”.

La explicación que ofrece luego Manuel Rojas del carácter universal de la literatura de Gorki, así como de la rusa en general, cuenta entre lo mejor que se ha dicho entre nosotros acerca del gran novelista que murió en circunstancias sospechosas, mandado envenenar, según algunos, por Stalin.

Recompensas

Fuera del segundo premio de “La Montaña”, por su cuento “Laguna” y el otro, de igual categoría, en “Caras y Caretas”, por “El hombre de los ojos azules”, Manuel Rojas no tuvo en la ciudad donde había nacido más reconocimiento que el de algunas ediciones de sus libros. De haber presentado, como yo le sugerí, *Hombres del Sur* al concurso de “Babel”, seguramente Horacio Quiroga y Roberto J. Payró habrían prohijado su obra inicial como lo hicieron con la de Guillermo Estrella: *Los egoístas*.

Pero antes de mi primer viaje a Chile, apenas había tenido una relación circunstancial con Manuel Rojas, que nunca pudo llegar al café donde nos reuníamos alrededor del inolvidable D. Luis Pardo, que firmaba Luis García.

En Chile, Manuel Rojas obtuvo el premio Marcial Martínez con *Lanchas en la bahía* y después el Premio Nacional de Literatura con *Hijo de ladrón*.

Al aparecer *Hombres del Sur*, le dediqué un artículo, porque a la distancia lo sentía uno de los nuestros, aunque no estuviera presente cuando celebramos el centenario del “Patito Feo” de Andersen. Alguna vez Manuel Rojas me confesó que de haberse unido a “Babel” en Buenos Aires, tal vez no se hubiera vuelto a Chile, “la tierra escondida” de sus padres. Dos o tres veces intentó aclimatarse por un tiempo largo en la ciudad de su infancia, pero sin lograrlo definitivamente.

De una larga epístola

Muy tarde, cuando los dos entrábamos ya en el arrabal de la senectud, para decirlo con un verso de las coplas de Jorge Manrique, yo lo celebré a mi modo en una larga Epístola en tercetos, que luego recogí junto a otras a González Vera y a Pablo Neruda.

Copio aquí su introducción:

*Quiero evocar tu vida, Manuel Rojas,
desde antes del primero de tus cuentos
para traerte desde niño a fojas.*

*El Buenos Aires de mil novecientos,
aquel de tus Imágenes de infancia
es el mío también a pasos lentos.*

*Incipiente campeón de la vagancia,
tú me precedes en el viaje a Chile,
montado en mula sin mayor prestancia.*

*Pero de vuelta sufres el desfile
por cinco o seis colegios argentinos
sin que tu fe en la libertad vacile.*

*Pronto te esperan míseros destinos,
aguantados apenas unos meses
porque, abiertos, te llaman los caminos.*

Manuel Rojas, a pesar de haber salido de la más extrema pobreza, pudo llegar, gracias a su literatura, a Nueva York, Moscú, Londres, Praga, Belgrado, París, y, finalmente, tras visitar España y casi todas las capitales hispanoamericanas, al país de los profetas.

VI. LOS LIBROS

“Imágenes de infancia”

Con ser este pequeño libro fruto de unas reminiscencias escritas y publicadas, en parte, como apéndice de *Lanchas en la bahía*, sólo adquirieron carácter independiente, cuando aparecieron entre *Aprender a escribir*, de Alone; *Eutrapelia*, de González Vera; y *De un lado y otro*, de Enrique Espinoza.

Se ha insistido acerca de la tendencia que tienen hasta los prosistas de poetizar sus primeros años, que alguien llamó inútiles. Pocos memorialistas quieren acordarse de las penalidades sufridas. William Henry Hudson, en *Far Away and Long Ago*, se refiere como notabilísima excepción, al caso del ruso Aksakov. Quiero traer aquí otro testimonio confirmatorio, el de nuestro máximo poeta, Leopoldo Lugones. ¿No alude, acaso a su propia infancia campesina, cuando canta en “Los burritos”:

*Ello son, en efecto, la cabalgadura
En que van a la escuda del distrito
Los pequeños labriegos cuya vida es tan dura,
Que aquel viaje “obligatorio y gratuito”
Nunca se desdeña
Para llevar un queso o un panal de pavos
Y ordinariamente dos haces de leña
que valen diez centavos.
Aquella mísera vida paralela
En que unos y otros abrevian su infancia,
Les impone con su perseverancia,
Un apego de triste parentela.*

Manuel Rojas fue otra excepción, digna de ser tomada en cuenta, pues tampoco se dedicó a magnificar las delicias de aquel perdido paraíso.

En obras posteriores, desarrolla episodios allí anticipados, sin cuidarse, ni mucho ni poco, de la literatura. Por ejemplo, en *Hijo de ladrón*, la historia de aquella viejecilla de Rosario que le hacía leer los folletines de un diario de Buenos Aires, que guardaba celosamente como algunos paisanos analfabetos, los cuadernillos del Martín Fierro.

En *Imágenes de infancia*, Manuel Rojas concluye su recuerdo así: “Al poco tiempo y gracias a aquella señora, conocí lo que Salgari, autor de novelas al aire libre, no me había podido presentar”.

Compárese la punta que le saca en un par de páginas de la cuarta parte de *Hijo de ladrón*. Copiaré aquí sólo un fragmento:

“...Un día de verano fui a echar una ojeada en el jardín: allí estaba la señora tratando de leer un diario. Me vio y me invitó a entrar. —¿Sabes leer? —Sí, le respondí. —Yo, confesó, apenas puedo hacerlo; me cuesta mucho; me canso y me duele la cabeza. Es una suerte ser joven. Incliné la cabeza y enderezó el diario que había dejado en la falda y por encima de los anteojos, continuó: —En este diario sale un folletín muy bonito: es una novela española. Yo

la oía y miraba una rama llena de duraznos enrojecidos por la madurez. —¿Quieres sacar algunos?, me preguntó. Saque. Hay muchos. Saqué dos o tres y mientras los saboreaba, se me ocurrió ofrecerme para leer el folletín: era una manera de retribuirle los duraznos y, al mismo tiempo, de asegurarme otros para el futuro; el verano era largo y la fruta costaba más cara cada día”.

Tres cuartas partes de *Imágenes de infancia* están dedicadas a sus andanzas de niño pobre. De Buenos Aires recuerda particularmente su paso por seis o siete colegios. No con mucho agrado, como es costumbre. Sólo un profesor le merece una nota cordialísima porque se presentó a la clase de que formaba el niño Manuel Rojas, diciendo:

“—Soy de la provincia de Buenos Aires. Mi padre era vasco y levantaba con los dientes, a la edad de ochenta años, una bolsa de maíz de cien kilos de peso”.

El memorialista concluye su evocación del siguiente modo:

“Esto, que nos pareció una advertencia, no lo fue. El maestro, a pesar de su padre con tan buena dentadura y a pesar de su aspecto hercúleo, era hombre bondadoso”.

Es el único de sus profesores cuyo nombre conservó: Félix Mieli. Hasta no se le borró una frase que le dijo:

—Hacete un hombre, Manuel.

No dejó de prestarle oído y fue además de hombre, excelente escritor.

“La ciudad de los Césares”

Manuel Rojas escribió esta novela en forma de folletín para un diario de Santiago de Chile y quedó insatisfecho de su obra de jornalero literario. Sin embargo, a pedido de un editor, dejó que saliera en libro. El tema era uno de los que más interesan: la famosa leyenda del Caleuche.

Pedro Prado, el poeta chileno, asegura que la lucha por aquella ciudad invisible informa mejor que nada el sentido característico de su país.

Al indio fueguino que Manuel Rojas vio en su infancia y que tanto lo impresionó, llámalo en la novela Onaisín Errázuriz con cierta ironía. Pero una excesiva preocupación documental, malogró sin duda el desarrollo del magnífico tema.

Manuel Rojas no volvió sobre su obra circunstancial, hasta verla convertida en lectura para los niños por un profesor de la Universidad de California.

La primera edición de *La ciudad de los Césares* llevaba la siguiente dedicatoria a sus tres hijos, todos menores de diez años entonces:

A Gema, Patito y Pacita, este libro intrascendente.

Como si hubiera presentado el destino final que le esperaba.

No en vano había leído los libros de Salgari, ahorrando los centavitos que le daba su madre para poder comprarlos.

Pero aún en *La ciudad de los Césares*, “libro intrascendente”, asoma la garra del autor de *Hombres del Sur*. Sus reflexiones acerca del oro austral que rueda en montones, trae a la memoria al *Candide* de Voltaire y a su fiel servidor tucumano Cacambo, recordado por Arturo Cancela.

Hay una pintura soberbia de un hombronazo llamado Smith, una especie de viejo dios de la fuerza. Inseguro de su alcance, pregunta el autor:

“¿Quién podría contar la historia de su vida? Sería como pretender contar la historia del mar, tan amplia, tan variada era”. Y continúa:

“¿En cuántos veleros navegó? ¿Cuántas fortunas tuvo y cuántas derrochó? El mismo no lo recuerda ya. De origen inglés, su nacionalidad es indefinida”. Y concluye: atribuyéndole estas palabras en nuestro idioma:

“Yo nací en las Falkland bajo la dominación argentina. Mi padre era inglés y mi madre española. ¿Puede usted decirme, caballero, cuál es mi nacionalidad?”

Naturalmente, los niños de Buenos Aires lo considerarían un ciudadano de las Malvinas que Inglaterra no quiere soltar. Manuel Rojas lo sugiere humorísticamente, al mostrar el contrasentido que significa tratar a los fueguinos nativos como extranjeros y a los ingleses invasores como nacionales...

Una tetralogía

En su *Antología autobiográfica* nuestro autor cuenta la génesis de *Hijo de ladrón*, la primera de las cuatro novelas que compuso en torno a una especie de alter ego suyo llamado Aniceto Hevia. Me referí ya de paso a la mala suerte que corrió el libro en un concurso, para constituir finalmente un éxito de crítica y de librería. El título se lo puse yo, que a veces suelo jactarme de este acierto, como de *Radiografía de la Pampa*, de Martínez Estrada, y *Cuando era muchacho*, de González Vera. No es fácil encontrar un buen título. No he dado con ninguno que me satisfaga para mis propios libros.

Hijo de ladrón se abrió camino rápidamente, no sólo por su título, desde luego. Salieron varias versiones de la novela en Buenos Aires, Nueva York, París, Moscú, Belgrado, Praga, Estocolmo y diez ciudades europeas más.

Cuanto a la obra en sí, cabe agregar que culmina un proceso literario que comienza en los mejores cuentos de Manuel Rojas.

Hijo de ladrón, obra de madurez, luce un estilo depurado de ripios (suele haberlos asimismo en la prosa) y podada de metáforas ociosas.

Muchas de las páginas de *Hijo de ladrón* tienen valor aun fuera de su contexto. Así aquel capítulo titulado en la primera edición “La herida”. El autor pensó alguna vez escribir todo un libro en ese tono íntimo, coloquial, dirigiéndose al lector como a un confidente.

Vaya un brevísimo ejemplo de pocas líneas:

“Recordarás, de seguro, cómo aquel hombre que conociste en tu juventud, derrotado, herido, nadie sabe por qué arma, en lo más profundo de su ser animal o moral, resiste aún vendiendo cordones de zapatos o mendigando; dejarás de verlo un año o dos, y un buen día, cuando ya te has olvidado de él, reaparece, ofreciéndote su mercadería o pidiéndote una limosna”.

Todos cuantos hemos visto morir de pronto a personas bien atendidas y con muchos recursos, valoramos lo que nos ha querido sugerir Manuel Rojas.

A mi juicio, las páginas más memorables de *Hijo de ladrón* expresan la soledad de los seres humanos y su sentido de fraternidad, aún caídos en lo más abyecto, en lo más vil, impuesto por el terror policíaco de un Estado Leviatán.

La pintura que hace Manuel Rojas de un motín o una asonada popular con ligeros toques de humor sardónico, revelan la mano de un maestro.

Más de una escena se sale del libro y adquiere significación extraordinaria fuera de él. Recuérdese la del niño que fue llevado con su madre al Departamento de Policía para sonsacarle datos acerca de “El Gallego”.

Excelente me ha parecido siempre su retrato de la madre y el niño, para decirlo con el título de uno de los libros de Charles Louis Philippe.

Son los personajes que de más cerca conoció, aunque no traza menos vivos a los incidentales que inventa. El vagabundo de las tortugas, v.g. Lástima que insista en seguida con otro, más gracioso aún y con anteojos.

La reiteración perjudica como un recurso usado por segunda vez. El lector se cansa si no es un aspirante literario en busca de innovaciones a toda costa. Pero una novela debe ser personal y no parecerse a otras, ni repetir a la Biblia: Y dijo Fulano; y dijo Zutano.

Por suerte, Manuel Rojas no se ha dejado tentar por los trucos de moda por nuevos o viejos que sean. Prefiere intervenir con reflexiones propias, después de hacer hablar con la mayor naturalidad, a sus personajes. A veces su propio pensamiento es de tanta naturalidad, que uno queda en la duda si es el autor o el personaje quien habla, porque ambos se identifican.

A Manuel Rojas le ha preocupado de antiguo el problema del tiempo. Recurre con frecuencia al presente y al pasado del subjuntivo, para dar cierto aire nostálgico a su relato. También usa y abusa de los paréntesis de más de una página, que no siempre logra retener el lector. Considero, sin embargo, excepcional aquel dedicado al viento encajonado en la Cordillera. También las páginas referentes al puerto de Valparaíso se recuerdan por el vigor que late tras ellas. Mucho camino hizo el novelista desde *Lanchas en la bahía* hasta *Hijo de ladrón*.

Copio a continuación, en extenso, un párrafo con ese ritmo envolvente que atrapa en seguida el interés del que lee y no lo suelta. Nada más lejos del estilo retahila o acumulativo de ciertos literatos que pretenden seguir la corriente del pensamiento y nada piensan.

“Atravesé por una calle —dice Manuel Rojas, sin precisar su denominación, porque nada dice a quien no sea de Valparaíso—, sorteando los grupos de hombres llamados a cargar o

descargar, a arbolar o desarbolarse, a pintar, a enmaderar o raspar, pues ellos pueden enmaderar y raspar, pintar, desarbolarse o arbolarse, engrasar o aceitar, remachar o limpiar, cargar y descargar el universo entero, con estrellas, soles, planetas, constelaciones y nebulosas, con sólo pagarles un salario que les permita no morir de hambre; insistentes y pequeños hombrecillos, constructores de puertos y embarcaciones, extractores de cobre y de cemento, de salitre y de carbón; tendedores de vías férreas, que no tienen más que la libertad, que también les quisieran quitar; de charlar un rato entre ellos y tomarse uno que otro trago de vino en espera del próximo o del último día”.

El tono épico del narrador alcanza finalmente su clímax en las páginas ya recordadas del motín, donde tras identificar a las distintas capas del proletariado del Puerto con sus herramientas de trabajo, no esquiva la presencia de la canalla o lumpen-proletariat que llaman los alemanes y que sale siempre a pescar en río revuelto, como verdaderos delincuentes que son. El reverso de sus hermanos de clase.

Estas páginas de Manuel Rojas no tienen semejantes en la literatura hispanoamericana, en ninguno de los autores que se llaman comprometidos y que lo están con el realismo socialista...

Quiero copiar todavía otro fragmento, entre filosofante y narrativo, que se impone igualmente por la gracia de su escritura. Empieza:

“Sentí gran admiración por el hombre cuadrado y me acerqué a su grupo... El hombre mazo los conocía y no los temía; más aún, parecía despreciarlos. El hombre cuchillo no sabía qué diferencia hay entre un trabajador y un ratero y siguió mirando, inmóvil al hombre-herramienta. El uno era cuadrado y duro; el otro afilado y resbaladizo; habría cabido por donde no habría podido caber el otro, quien a su vez habría podido echar abajo lo que el otro no habría podido sujetar”.

Toda esta concisión representativa tiende a evitar la cháchara común, al pie de la letra, en que incurre tanto novelista en su afán de imitar el lenguaje del pueblo. El diálogo mismo, en *Hijo de ladrón*, huye de la transcripción literal y se alza en lo posible al aire y a la luz hasta en una escena repelente.

Véase si no esta aguafuerte que pinta cómo se duerme sobre sus laureles un borracho que ha caído a la cárcel entre los presos políticos:

“... ¿Cómo se las iría a arreglar por sí mismo, cuando se le pasara la borrachera y advirtiera el estado en que se hallaba? No quise ni pensar en ello. Durante dos horas estuve allí, intimidado y arrinconado por ese hombre y sus nalgas, blancas, llenas de inmundicia. Al cabo de ese tiempo, apareció un policía y abrió la puerta y me miró. Noté que hacía lo posible por no ver al borracho. ‘Venga para acá’, me dijo con extraña voz, entre compasiva y tierna. Me levanté, pasé en puntillas junto al borracho y salí del calabozo. El policía, mientras cerraba la puerta, dijo, encogiéndose de hombros y dándome una mirada de compasión:

“¿Por la madre, no?, que un hombre pueda llegar a ese estado...”

Notable, me parece igualmente, otra escena paralela en otra prisión donde un grupo de muchachos canta. Por inesperada, se nos queda en la memoria. El autor se interroga, dubitativo:

“¿Era tristeza? ¿Era el recuerdo de sus días o noches de libertad? Quizá aquélla traía a sus almas algo que no les pertenecía y que sólo por un momento les era concedido, apaciguando sus reflejos primordiales”.

No puede uno menos que pensar en las observaciones que habría hecho Manuel Rojas, si en vez de tocarle vivir una experiencia de cárcel entre borrachos y ladrones, la hubiese tenido entre presos exclusivamente políticos, intelectuales o no. Aun entre aquéllos descubre de pronto un rasgo de fraternidad humana, como en el envío anónimo de unas viandas a un compañero en desgracia.

Las interpolaciones humorísticas no faltan a lo largo de la novela. Los hombres deben ingeniarse para subsistir de algún modo. El propio Aniceto Hevia, una vez recuperada su libertad, echa el ancla en una caleta llamada El Membrillo, donde lo acogen ciertos anarquistas adámicos.

Uno de ellos, por su manía filosofante, ha tomado o recibido el nombre de Schopenhauer. Otro, es llamado El Lobo, por su gusto para devorar cuanto se le presenta; pero en compañía de jóvenes no acostumbrados a la buena mesa.

Cuando menos se piensa, retoma Manuel Rojas su vena poética y escribe una página de antología, no puramente descriptiva.

“De pronto —escribe—, me parece que no caminamos por la acera de una calle cualquiera de Valparaíso, sino por el centro de una corriente de agua. Quizá es el tiempo, el tiempo que avanza a través de nosotros ¿o nosotros pasaremos a través del tiempo que se hunde en lo que un día constituirá nuestra vida pasada, una vida que no hemos podido elegir ni construir según nuestros deseos o nuestros planes?”

Aunque *Hijo de ladrón* termina formando una tetralogía con *Sombras contra el muro*; *Mejor que el vino*; y *La oscura vida radiante*, los cuatro volúmenes no aparecen dentro de un orden cronológico. Tal vez para publicar la tetralogía en un solo volumen se imponga evitar algunas repeticiones. El ejemplo en grande de León Tolstoi, reduciendo Ana Karenina a las proporciones con que la conocemos, es digno de no ser olvidado. Y, de seguro, no lo habría olvidado Manuel Rojas si le hubiera quedado tiempo para ordenar las cuatro novelas en un volumen, conservando los títulos de una parte, pero siguiendo cronológicamente la trayectoria de su héroe o antihéroe, como quiera llamárselo.

La vida del personaje Aniceto Hevia de principio a fin, es lo que importa. El relato corre indistintamente a cargo del autor o los demás seres que lo rodean.

En *Mejor que el vino* Manuel Rojas refleja principalmente su experiencia de hombre de teatro, consueta y actor, más que poeta, novelista o dramaturgo.. Aniceto Hevia, que hizo su entrada a Chile casi a pie, por las vías del Ferrocarril transandino, colándose en un tren de carga, se pasa casi toda su vida de un lado para otro, sin poder nunca reintegrarse del todo a su punto de partida.

Hay en *Mejor que el vino* un capítulo que como el de la herida, en *Hijo de ladrón*, se ha destacado del conjunto. Este, se refiere a la enfermedad de la sarna.

“En primera persona, el novelista se dirige otra vez a un imaginario lector, preguntándole con toda naturalidad:

¿Nunca has tenido sarna? ¡Qué lástima! Si eres patriota, deberías tenerla alguna vez: es una enfermedad nacional. Todo el mundo —por lo demás— debería tenerla. ¡Así sabría lo que es bueno! Y se ocuparía de ayudar al pueblo a librarse de la mugre”. Y prosigue:

“Se pega casi con la mirada y produce las más deliciosas sensaciones que te puedes imaginar. Un bicho llamado arador, chiquito él, se mete debajo de la piel, aprovechando cualquier circunstancia —para él todas son buenas como para el piojo— y te abre bajo ella, fíjate bien, sin que te enteres, un surco que por eso lo llaman arador, y en ese surco deja docenas de huevos. Pero no creas que el surco está abierto, no, está cerrado, cubierto por la piel, como un túnel sin boca”.

Y en el mismo tono tranquilo y moroso continúa el novelista, durante un par de páginas hasta que termina por hacer sentir la picazón en todo el cuerpo al propio lector desesperado.

Es algo que muy pocos literatos logran, aun proponiéndoselo, como Flaubert en *Madame Bovary*.

Muchas páginas, fuera de las mencionadas, brindan al lector en las novelas de Manuel Rojas, grandes hallazgos, difíciles de pasar por alto. Así la descripción de una tormenta eléctrica en el cielo de Buenos Adres o una comilona de mariscos en una playa de Valparaíso.

En *Sombras contra el muro*, acentúa el tono rapsódico y cuenta la amistad que ha sentido por personas reales cuyos nombres apenas cambia ligeramente. Resulta curioso comparar el estilo de miniaturista de González Vera con el de Manuel Rojas, que se propone casi siempre trazar un gran fresco, aunque sin descuidar los detalles. A veces se trata de la pintura de unos mismos sucesos; pero con técnicas diferentes. La influencia de González Vera, que se adelantó en *Cuando era muchacho* a evocar cierta estudiantina del año 20, se deja sentir en *La oscura vida radiante*. Pero Manuel Rojas no es un humorista, si bien trata de pronto socarronamente a sus personajes. En medio de su intensa corriente interna, sobrenadan casi siempre algunos rasgos que recuerdan a su apacible amigo. Hasta él mismo aparece con una sonrisa escéptica y desengañada, que ya mostró en *Punta de rieles*, novela con la que se dio un descanso, antes de proseguir su tarea y llegar a la meta propuesta. No hay que cambiar de cabalgadura en mitad del río, afirma el dicho popular. Se corre algún riesgo y él lo ha corrido.

Ernesto Montenegro, en un estudio acerca de Manuel Rojas y la novela funcional, recogido en su libro póstumo *Mis contemporáneos*, dice con su habitual agudeza:

“El problema capital que le queda por resolver [a Manuel Rojas] es el de adaptar con mayor rigor el habla de sus personajes iletrados al tono coloquial, en vez de hacer de ventrílocuo para que se expresen con más fina elocución, pero a riesgo de que se transparente la fisonomía del autor y con ello se malogre ese efecto de impersonalidad o desdoblamiento que es toda la magia del arte novelesco. En cambio, cuando el novelista habla por su cuenta, cuando describe una escena o dibuja caracteres, no se ve otro que lo aventaje”.

La oscura vida radiante viene a coronar la tetralogía iniciada con *Hijo de ladrón* y si bien cada una de las novelas puede leerse por separado, el conjunto muestra toda la potencia del autor, presente asimismo en el conjunto de sus cuentos recogidos en un solo volumen.

Lanchas en la bahía y *Punta de rieles* ambas novelas, influida, la primera por *El delator* de O'Flaherty y la segunda por *Las palmeras salvajes* de William Faulkner, revelan otros aspectos de la capacidad creadora de Manuel Rojas. En el mismo caso está su pequeño volumen de impresiones, titulado *A pie por Chile*.

En su *Viaje al país de los profetas*, narra interesantes peripecias de su asomo a Israel. El autor, no se apea de su tono confidencial, de su voz baja, que tan agradable hacía su conversación. Recuerda que yo le di a conocer el libro de Martín Buber, *Caminos de utopía*, que lo decidió a aceptar la invitación de la Embajada israelí, como antes, las de las Embajadas rusa y norteamericana.

“Íntimamente —confiesa—, deseaba ir, no porque sí, a ver gente o a cambiar de aires, sino por razones profundas”.

Entre estas razones profundas recuerda su formación que no ha olvidado nunca, por más que las circunstancias de la vida lo hayan reducido al solitario trabajo de escritor.

Otros viajes

Al traducirse *Hijo de ladrón* al ruso, Manuel Rojas fue invitado a visitar la Unión Soviética, deteniéndose de paso en otros países europeos, donde asimismo se había publicado su novela. Como Luis Franco, Manuel Rojas fue huésped de los literatos de Leningrado, Moscú y Kiev, a pesar de haber escrito a favor y no en contra de Trotsky.

En una carta me habla de este maestro de nuestros años juveniles y recuerdo que le contesté con un soneto alusivo que terminaba:

*Tú que en Moscú no lo echas en olvido,
sabes cuánta ilusión con él se ha ido.*

Años atrás había viajado Manuel Rojas conmigo por Colombia, Panamá, Cuba, Puerto Rico y visitado en Popayán, al maestro Sanín Cano. Pero no cabe ya en este libro extenderse sobre nuestras andanzas. Me limitaré, pues, a contar brevemente mi participación, gracias a Manuel Rojas, en una Escuela de Verano, en Puerto Montt, porque allí nos juntamos con Alone y González Vera en un homenaje a Vicente Pérez Rosales, el autor de *Recuerdos del pasado*. A fin de consolarnos de la lluvia interminable, había copiado yo en un pizarrón el poema “Olas grises” de Lugones, que todos acabamos por sabernos de memoria:

*Llueve en el mar con un murmullo lento.
La brisa gime tanto que da pena.
El día es largo y triste. El elemento
Duerme el sueño pesado de tu arena.*

*Llueve, La lluvia lánguida trasciende
Su olor de flor helada y desabrida.
El día es largo y triste... Uno, comprende
que la muerte es así, que así es la vida.*

Sigue lloviendo. El día es triste y largo.

*En el remoto gris se abisma el ser.
Llueve. Y uno quisiera, sin embargo,
Que no acabara nunca de llover.*

Alone recogió en una de sus crónicas literarias estos versos y el recuerdo de nuestro paso por Puerto Montt. Aquí me detengo, pues, para referirme brevemente, a otros viajes de Manuel Rojas a México, porque hizo todo un libro acerca del país azteca que atravesó desde California.

Pasé por México un día...

Así se titula el libro de Manuel Rojas de casi trescientas páginas, que compuso durante su residencia de un año en Coyoacán. El título proviene de una canción que dice:

*...Y al llegar a Santa Fe
en d camino encontré
un letrado que decía
Pasé por México un día.*

En su parte última, el libro es un diario de viaje y como tal fue publicado seguido de algunos de sus cuentos. Después lo convirtió el autor en un estudio histórico, arqueológico y cultural. Contiene así numerosos recuerdos de lugares y personas, observaciones felices, penetrantes, bien acuñadas. Con todo, pertenece a las obras menores de Manuel Rojas. En México se casa con su discípula de la Universidad de Seattle, Julianne Clark Boone y asiste a un encuentro literario con numerosos escritores provenientes de distintos países del continente. Aprovechó la oportunidad para decir algunas cosas a contrapelo de quienes se sentían felices y triunfadores.

“Un escritor de esta índole —dijo— no puede ser un hombre cuyo ejemplo quiera seguirse. Es un traidor a su pueblo por buen literato que pueda considerársele”.

Desarrollando su tesis, Manuel Rojas añade aún:

“Defender al pueblo, ayudarlo, dirigirlo, es una de nuestras responsabilidades ante América y ante el mundo. La novela y la poesía —el cuento todavía se salva— son en América Latina cada vez más confusas. Los novelistas imitan en su técnica y en su expresión a Faulkner o a Joyce o a otros escritores y los poetas parecen hablar de asuntos que sólo ellos entienden. Por otra parte, los temas de las novelas parecen ser cada día más abstractos y sus personajes más decadentes; juegos psicológicos, descubrimientos expresivos, entretenimientos casi de crucigrama”.

“Daré un ejemplo, el mío. Salí del bajo pueblo y escribí como podía hacerlo cualquier hombre del pueblo con muchos defectos... Después de tres libros de cuentos, publiqué mi primera novela *Lanchas en la bahía* en la que puse con la equivocada idea de que las metáforas mejorarían mi prosa, una gran cantidad de éstas. Me lo advirtió un amigo más culto que yo, sentía mucha vergüenza y esa vergüenza me tuvo callado”.

El problema planteado por Manuel Rojas en ánima vil, no fue del gusto, desde luego, de quienes lo escucharon en México. Pero en verdad, la respuesta que le dio Eugène Dabit al

académico André Maurois, cuando éste le preguntó qué leían las pobres gentes que se alojaban en el *Hotel du Nord*, no hace más que confirmar a Rojas, pues le dijo:

“Leían a Hugo y Michelet. A nosotros no nos leen, ni a usted ni a mi... Pero la culpa es nuestra, nosotros no escribimos *Los Miserables*”.

Y como Maurois le insistiera con el nombre de Jules Romains, Dabit le contestó:

“—Sí, pero Romains es más *intelectual* de lo que fue el padre Hugo y creo que confía en otra clase”.

Este breve diálogo resume bastante bien la tesis que sostuvo el autor de *Hijo de ladrón* con gran disgusto de algunos de sus colegas.

Manuel Rojas y los judíos

Tampoco aprobaron la mayor parte de los escritores que se autodenominan “comprometidos”, que presidiera el autor de *Sombras contra el muro* una conferencia en Santiago de Chile sobre la situación de los judíos soviéticos a la que asistieron entre otros intelectuales del continente: Fryda Schultz de Mantovani, José Revueltas, González Vera, Leopoldo Hurtado, etc. Era también para aquéllos un tema tabú, que no se debía tocar, porque daba armas al enemigo. Que se pudrieran los escritores judíos de Rusia victimados por Stalin o que se conformaran con ser rehabilitados como lo fue diez años después de muerto, Isaac Babel. Del resto, ni acordarse y seguir fieles a las cambiantes consignas del Kremlin y a las apreciaciones de la Enciclopedia Soviética, por contradictorias que fueran.

Una reminiscencia olvidada

Como antólogo de muchos escritores hispanoamericanos desde Horacio Quiroga hasta Ezequiel Martínez Estrada, pasando por el mismo Manuel Rojas, no resisto a la tentación de transcribir como *mot de la fin*, aunque sea fragmentariamente, una tierna reminiscencia del autor de *Hijo de ladrón*, no recogida en *Imágenes de infancia*; pero que merece figurar allí bajo cualquier título:

“Al atardecer un tren de carga se detuvo en la estación en que estaba descansando. Un grupo de hombres viajaba en un vagón. Me acerqué. Los hombres me observaron; los miré. ¿Para dónde irían? Eran, de seguro, trabajadores. Uno de ellos, alto, de bigote, delgado, con hermosos ojos verdes, me gritó:

—Ohe, muchacho: ¿quierés ir con nosotros?

—¿Para dónde? —pregunté poniendo ya un pie sobre la escalerilla del vagón. Los otros hombres miraban y sonreían.

—A la provincia, a la cosecha del maíz.

Vacilé entonces.

—Subí, no tengas miedo —dijo afectuosamente el hombre. No tenía miedo. No era el primer muchacho que salía a recorrer el mundo.

... Era quizá demasiado para mis pocos años; pero otros niños conocerían algo peor.

...Dos meses después, terminada la cosecha, regresé a Buenos Aires. Venía más erguido que al salir y mis manos eran como piedras. Vicente, el hombre que me invitó a subir al vagón y a unirme a él y a sus compañeros, me tomó bajo su protección y con él trabajé, de sol a sol, sirviéndole de ayudante. Era cosedor de bolsas, oficio que da buen salario, aunque deja a los pocos días, desgarradas las manos y degollados los dedos; el cáñamo corta las carnes como una navaja y sobre la cortadura de hoy, aun sin cicatrizar, se produce otra mañana; la aguja cosedora, gruesa y resbaladiza, ayuda al cáñamo pinchando y produciendo callos, y al fin ya que no se puede dejar el trabajo, hay que aguantar y queda uno con las manos como curtidas: si se pasa el filo de un cuchillo sobre ellas es como si se pasara sobre el casco de un caballo”.

P. D. Mientras Manuel Rojas preparaba su tercer o cuarto matrimonio —apegado como estaba a la vida—, el 4 de marzo de 1973 lo sorprendió la muerte con los pasajes tomados para instalarse una vez más en Buenos Aires, su ciudad nativa. El presidente Allende y su esposa, Hortensia Bussi, asistieron a sus exequias y en el Senado de la República de Chile se le rindió un merecido homenaje.

*Para González Vera y
Enrique Espinoza, compa-
ñeros y hermanos míos,*

Manuel Rojas

Dedicatoria autógrafa de Manuel Rojas que fue suprimida de la segunda edición de “Sombras contra el muro” por un fanático stalinista.

BIBLIOGRAFÍA DE MANUEL ROJAS (Primeras ediciones)

- Poéticas*. “Ideas y Figuras”, Año I, número 3, Mendoza, República Argentina, 1921.
- El hombre de los ojos azules*. Prólogo de J. S. G. Lectura Selecta, Santiago de Chile, 1926.
- Hombres del Sur*. Prólogo de Raúl Silva Castro. Santiago Chile, 1926.
- Tonada del transeúnte*. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1927.
- El delincuente*. Sociedad Chilena de Ediciones, Santiago de Chile, 1929.
- Acerca de la literatura chilena*. Ediciones “Índice”, Santiago de Chile, 1930.
- Lanchas en la bahía*. Prólogo de Alone. Empresa Letras, Santiago de Chile, 1932.
- Travesía*. Novelas breves. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1934.
- De la poesía a la Revolución*. Editorial Ercilla, Santiago de Chile, 1938.
- José Joaquín Vallejo*. Sociedad de Escritores de Chile, Santiago de Chile, 1942.
- El bonete maulino*. Prólogo de González Vera, Cruz del Sur, Santiago de Chile, 1942.
- Hijo de ladrón*. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1951.
- Deshecha rosa*. Colección del Olivar, Babel, Santiago de Chile, 1954.
- Antología de cuentos*. Prólogo de Enrique Espinoza. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1957.
- Mejor que el vino*. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1959.
- El vaso de leche y sus mejores cuentos*. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1959.
- El árbol siempre verde*. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1960.
- Apuntes sobre la expresión escrita*. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1960.
- Obras Completas*. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1962.
- Antología autobiográfica*. Ercilla, Santiago de Chile, 1962.
- El hombre de la rosa*. Editorial Losada S. A. Buenos Aires, República Argentina, 1963.
- Esencias del país chileno*. Universidad Nacional Autónoma, México, 1963.
- Cuentos del Sur y Diario de México*. Ediciones Era S. A., México, 1963.
- Pasé por México un día*. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1965.
- Manual de literatura chilena*. Universidad Nacional Autónoma, México, 1964.
- Historia breve de la literatura chilena*. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1964.
- A pie por Chile*. Editorial Santiago, Santiago de Chile, 1967.
- El bonete maulino y otros cuentos*. Estudio preliminar de Leónidas Morales. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1968.

Cuentos. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, República Argentina, 1970.

La oscura vida radiante. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, República Argentina, 1971.

Obras. Editorial Aguilar, Madrid - Buenos Aires, 1971.

CRONOLOGÍA

1896. Nace Manuel Rojas en la ciudad de Buenos Aires. Hijo de Manuel Rojas Córdoba y Dorotea Sepúlveda González, chilenos.

1900. Después de pasar sus primeros años en una modesta casa de la calle Pozos, viaja con sus progenitores a Santiago de Chile, donde aquéllos instalan un pequeño almacén en la calle Nataniel esquina Coquimbo, no lejos del centro.

1903. Fallece el padre en el Hospital San Vicente de la capital trasandina.

1904. A mediados de ese año regresa con su madre a Buenos Aires. Aquí piensa instalarse.

1905. Asiste a diversos colegios y finalmente al San Carlos, después de pasar por el Campero.

1906. Va a vivir con su madre al barrio Caballito, desde donde asiste al Colegio Cisneros.

1907. Se mudan a la calle Parral. Manuel Rojas empieza a trabajar.

1908. Desempeñase como mensajero, aprendiz de sastre y muchacho de los mandados. Luego de aprender un poco de talabartería va con su madre a Rosario, donde continúa sus estudios.

1909. Apurado por la pobreza, entra como aprendiz de carpintero a los talleres del Ferrocarril Central Argentino. Ha empezado ya a leer libros literarios.

1910. A principios de este año regresa con su madre a Buenos Aires; de ahí parten a Mendoza, en donde trabaja como ayudante de electricista, como pintor y en la vendimia. Conoce a varios jóvenes anarquistas. Sigue sus lecturas iniciales. Cae preso por primera vez, acusado de un delito que no ha cometido: queda en libertad.

1911. Va a trabajar a la estación Las Cuevas, como ayudante de carpintero en la construcción de túneles artificiales. Conoce ahí a Laguna, el personaje de su primer cuento. Regresa a Mendoza a comprar ropa para invernar en la subestación Las Leñas. Le niegan el pasaje de regreso y vuelve a pie en compañía de dos anarquistas chilenos que retornan a su país. Llegado a Las Cuevas, decide seguir a Chile con los dos anarquistas y Laguna. Entra a Chile el 29 de abril. En Santiago se va a vivir con Teodoro Brown y Víctor Garrido, peluqueros anarquistas que conoció en Mendoza. Trabaja como aprendiz de pintor de carruajes, casi al mismo tiempo que se inicia en el mismo oficio el futuro humorista chileno González Vera, a quien conocerá sólo dos años más tarde.

1914. Después de un incidente entre anarquistas y maleantes, huye a Valparaíso y se aloja en casa de José Encarnación Novoa Orellana, el “Marusiña” del poeta Carlos Pezoa Véliz. Entran a trabajar como cuidador nocturno de faluchos, primero; luego como lancharo. En Valparaíso encuentra a Domingo Gómez Rojas, joven animador

de literatos en ciernes y literato él mismo, que había de morir después en la Penitenciaría de Santiago de Chile, como mártir de la causa del pueblo.

1915. Conoce a muchos actores y autores teatrales chilenos, entre los que se cuenta Antonio Acevedo Hernández. Forma parte del grupo de “Los Siete” que publica una revista manuscrita con el mismo nombre; el copista es González Vera. Vuelve a Valparaíso, participa en un motín y es detenido durante doce días.

1916. Empieza a publicar versos que ha venido escribiendo desde que conoció a Domingo Gómez Rojas. Toma parte en actividades ácratas. Es redactor de “La Batalla”; escribe artículos acerca del movimiento obrero chileno para “La Protesta” de Buenos Aires. Pelea con su compañero Brown y se va a vivir en otro conventillo vecino. Se gana el pan como pintor. Llega su madre de Mendoza.

1917. Publica su “Canción de otoño”, que es reproducida en París por Ventura García Calderón en su revista “Mercurio de América”; la Pequeña Antología de Los Diez inserta su soneto “Gusano”.

1918. Incorporado a compañías teatrales como apuntador y ocasionalmente actor, viaja al sur de Chile, llegando hasta Ancud, en la isla de Chiloé.

1919. De regreso, trabaja como encuadernador en la imprenta “Numen” y empieza a aprender el oficio de linotipista a instancias de González Vera.

1920. Lo sorprende trabajando como tal, el asalto de la juventud conservadora a aquella revista de avanzada. Logra huir ileso. Hay mucha persecución en Chile. Se incorpora al grupo teatral del actor Alejandro Flores y llega hasta Punta Arenas, donde la compañía quiebra.

1921. Regresa en buque a Valparaíso con pasaje otorgado por la Beneficencia Pública. De paso, en Corral, desembarca para ir a Valdivia a ver a su madre. Va de apuntador de una compañía de artistas argentinos que hace una temporada en Valparaíso. A fines del mismo año llega a Mendoza, donde la revista “Ideas y Figuras” fundada por Alberto Ghirardo, publica sus *Poéticas* en un cuadernillo. Recorre San Juan y Córdoba. En la segunda de estas ciudades conoce a Arturo Capdevila.

1922. Manuel Rojas se queda con su primera mujer, Dalila Barrios, en Buenos Aires. El diario “La Montaña” abre un concurso de cuentos y obtiene un segundo premio con su cuento “Laguna”. Este mismo año, mientras trabaja como linotipista en “La Patria degli Italiani”, obtiene asimismo un segundo premio en la revista “Caras y Caretas” con su cuento “El hombre de los ojos azules”.

1923. Deja “La Patria degli Italiani”, donde también se confecciona el diario radical “La Época” para trabajar en una imprenta de la avenida Callao. Después pasa a una de la calle Belgrano. Trabaja de noche. Al fin va a parar a una imprenta del Paseo de Julio donde compone él solo toda una Guía verde de teléfonos. Continúa escribiendo cuentos y no abandona la poesía. Vive con su amigo Máximo Jeria.

1924. Terminado el invierno y la Guía, vuelve a Chile, deteniéndose en Mendoza, donde se ve con viejos amigos: Miguel Lauretti, que lo inició en la lectura de Víctor Hugo en castellano y prologó la edición de su primer cuadernillo. Llega por fin a Chile por tercera vez.

1925. Hace dos salidas breves con compañías de teatro. Trabaja de linotipista en la imprenta “Cervantes” y en la Federación obrera, donde se hace el diario del Partido Comunista. Manuel Rojas es llevado, junto con los demás operarios y periodistas a Investigaciones y encerrado en una celda estrecha, unipersonal. Como declara ser nacido en Buenos Aires y no tiene papeles de identidad, está a punto de ser expulsado de Chile. Su amigo y compañero González Vera consigue que lo pongan en libertad. ¡Honor a él!

1926. El novelista Eduardo Barrios lo lleva a presencia del editor Carlos George Nascimento y éste le contrata dos libros: *Hombres del Sur*, cuentos y *Tonada del transeúnte*, versos. Aparecen los dos volúmenes a fines de este año y los dos son bien recibidos por la crítica.

1927. A mediados de abril parte nuevamente al Norte de Chile con una compañía de teatro. Disuelta ésta en Antofagasta se incorpora a otra y regresa a Valparaíso y a Santiago de Chile.

1928. Vuelve a trabajar de linotipista en el diario oficial y escribe artículos con el seudónimo de Pedro Norte. Interpreta el papel de ovejero en una película que dirige Jorge Délano. En setiembre separado de Dalila Barrios, se casa con María Baeza, profesora, discípula de Gabriela Mistral en Los Andes. Eduardo Barrios lo lleva a la Biblioteca Nacional que dirige por entonces. Allí tiene como jefe al crítico Raúl Silva Castro. Con otros escritores, Mariano Picón-Salas, Benjamín Subercaseaux, Ricardo Latcham forma el grupo “Índice” que publica un periódico. Por sus libros ha recibido cartas elogiosas de Horacio Quiroga y de Valery Larbaud.

1929. Publica *El delincuente*, que le vale un premio instituido por la Universidad de Chile y también el premio de la revista “Atenea” de Concepción. Muere su madre y nace su hija María Eugenia.

1930. Deslumbrado por la novela *El Delator*, de Liam O’Flaherty, escribe *Lanchas en la bahía*, en la que da vida a Rucio del Norte, personaje parecido física, pero no moralmente a Gypo Noia de la novela del irlandés. La presenta al concurso de novelas del diario “La Nación” de Santiago de Chile. En agosto nace su hijo Patricio y escribe *La ciudad de los Césares* en forma de folletín.

1931. Manuel Rojas es llevado al cargo de director de las recién fundadas Prensas de la Universidad de Chile. Tras la revolución que termina con la dictadura del coronel Ibáñez, viene a enterarse que su novela *Lanchas en la bahía* ha obtenido el primer premio.

1932. Nace su hija María Paz. Muere su amigo Juan Gandulfo casi el mismo día. Lo acompaña siempre González Vera, autor de *Vidas mínimas* y *Alhué*.

1933. Hace periodismo. Entrevista a sabios y a profesores. Se prepara, lee, piensa. También trabaja en su casa. Siembra flores y legumbres; a ratos está muy pobre y a ratos mejora. Cambia varias veces de domicilio. Hay revoluciones en Chile y durante una de ellas se lo distingue con el puesto de consejero del diario “La Nación”.

1934. El editor Nascimento publica su tercer libro de narraciones: *Travesía*. Recibe la visita de su amigo de Buenos Aires, Enrique Espinoza.

1935. Compone a mano e imprime en el taller que dirige: *Canciones para ellos*, libro de poesías de María Baeza, su mujer. Obsequia a cada uno de sus amigos un ejemplar con su respectivo nombre impreso.

1936. Muere María Baeza el 23 de agosto. Queda con tres hijos. Trabaja por las tardes como corrector de traducciones en la editorial “Ercilla”. Es elegido Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile. Hace una gira por el Sur en compañía del escritor Tomas Lago para dar conferencias.

1937. Reelegido en el cargo, organiza un congreso gremial. Trabaja los domingos y días festivos como vendedor de cartillas en el Hipódromo, empleo que desempeñará durante diecisiete años hasta jubilarse.

1938. La editorial “Ercilla” publica su libro *De la poesía a la Revolución*, ensayos y artículos aparecidos algunos en la revista “Babel”.

1939. Continúa sus múltiples trabajos y se da tiempo aun para ir solo o en compañía de sus hijos y amigos a la Cordillera.

1940. Hace periodismo principalmente y algunas de sus crónicas formarán años más tarde su libro *A pie por Chile*.

1941. Nuevo matrimonio con Valérie López. Colabora regularmente ahora en “Babel” junto a González Vera, Ernesto Montenegro, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco y Enrique Espinoza.

1942. Publica su poema “Deshecha rosa” primero en la revista del grupo babélico y luego en edición de lujo en la Colección del Olivar.

1943. Trabajando en una cosa y otra para ganarse la vida como siempre, anticipa en “Babel” trozos de su próxima novela *Hijo de ladrón* a la que no pone término hasta 1950.

1950. Presenta la novela bajo el título de “Tiempo irremediable” y con el seudónimo de Torresín a un concurso abierto por la Sociedad de Escritores; pero se lleva el premio uno de los más mediocres. Ataca el fallo del Jurado Hernán Díaz Arrieta, Alone.

1951. Gracias a la intervención de Enrique Espinoza, que le cambió el título a la novela, con su consentimiento, desde luego, aparece bajo el signo editorial de Nascimento. A fines del mismo año recorren juntos como conferencistas: Colombia, Panamá, Cuba y Puerto Rico.

1952. A su regreso trabaja en su novela *Mejor que el vino*, segunda de la tetralogía planeada desde un principio.

1953. Acepta el cargo de profesor en la primera Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile fundada por Ernesto Montenegro.

1954. Continúa trabajando en su novela *Mejor que el vino* y corrige sus *Imágenes de infancia*, completándolas hasta formar un pequeño volumen que aparece junto a *Aprender a escribir*, de Alone; *Eutrapelia*, de González Vera y *De un lado y otro*, de Enrique Espinoza.

1955. Jubila como director de los “Anales de la Universidad de Chile” y de sus demás empleos.

1956. *Hijo de ladrón* se reedita varias veces en Chile y se hace también una edición argentina en Buenos Aires.

1957. Obtiene por la unanimidad de los votos del Jurado, el Premio Nacional de Literatura y viaja a los EE.UU. invitado por el Departamento de relaciones culturales.

1958. Sale de nuevo a Puerto Rico como conferenciante. Visita también Caracas en cuya Universidad dicta un cursillo sobre la creación literaria.

1959. Por invitación de Francisco García Lorca se desempeña como profesor visitante en Middlebury College. A su vuelta el grupo de teatro de la Universidad de Concepción estrena su obra *Población Esperanza* en colaboración con Isidora Aguirre.

1960. Pasa casi todo el año en Buenos Aires donde termina su novela *Punta de rieles* que se publica en seguida con mucho éxito de venta.

1961. Viaja como profesor a la Universidad de Seattle, Washington.

1962. Dicta otro curso de literatura hispanoamericana en la Universidad de Los Ángeles, California y se dirige a México. En Ciudad Juárez se casa con Julianne Clark Boone y permanece un tiempo en el país azteca. La Universidad de México le encarga un *Manual de literatura chilena*.

1963. Es contratado por la Universidad de Oregón. Termina su novela *Sombras contra el muro*, dedicada a González Vera y Enrique Espinoza, “compañeros y hermanos míos”.

1964. Publica *Sombras contra el muro*, reeditada después por la editorial Quimantú sin la dedicatoria, que a imitación de los burócratas moscovitas omiten los sectarios populistas.

1965. Viaja a Cuba para formar parte de un Jurado de novela de la Casa de las Américas.

1966. Desde Cuba parte a Europa y visita España; Portugal, Francia, Rusia, Inglaterra, Estados Unidos y México. Se han multiplicado las traducciones de sus novelas.

1967. Empieza a escribir *La oscura vida radiante* que publicará la Editorial Sudamericana de Buenos Aires, lo mismo que un volumen con sus cuentos completos.

1968. Preside la conferencia sudamericana de intelectuales sobre la situación de los judíos soviéticos que se realiza en Chile con asistencia de Jorge Luis Borges, José Revueltas, Luis Franco, Leopoldo Hurtado, etc.

1969. Es invitado a Israel de donde vuelve con un libro de impresiones que se publica en Buenos Aires bajo el título de *Viaje al país de los Profetas*.

1970. Vuelve a Chile y se separa de su tercera mujer.

1971. Sobre la base de su *Antología autobiográfica* prepara la edición de su Obra Completa para la editorial española Aguilar. Preside la Sociedad “Amigos de González Vera”. Toma parte con Hernán del Solar y Enrique Espinoza en un acto de homenaje al humorista desaparecido que organiza el Instituto chileno-israelí de cultura.

1973. Inaugura en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile un busto de González Vera, obra de la escultora Laura Rodig. Habla en este acto en compañía de Juvencio Valle y Enrique Espinoza.

1973. El cáncer que venía minando su poderoso organismo lo abate el 11 de marzo. A sus exequias asiste el Presidente Allende y se le rinde homenaje en el Senado de la República de Chile. Tenía en mente regresar a Buenos Aires la ciudad que lo vio nacer y en la que le quedan fieles amigos y admiradores.

COLOFÓN

Esta minúscula biografía de Manuel Rojas me la pidió José Bianco para una colección ilustrada del Centro Editor Latinoamericano, por haberle sugerido mi nombre el mismo novelista de *Imágenes de infancia*. Después el volumen pasó a la Editorial Universitaria de Buenos Aires, “Eudeba”, que lo tuvo varios años sin autorizar su publicación. Por todo lo cual he resuelto incorporarlo a BABEL.

Impreso por Francisco A. Colombo

Hortiguera 552, Buenos Aires, en diciembre de 1976.